

# MARXISMO Y ECOLOGISMO

## SELECCIÓN DE ARTÍCULOS PARA EL DEBATE

Documentos para la difusión del pensamiento comunista  
Comisión Nacional de Comunicaciones



PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ

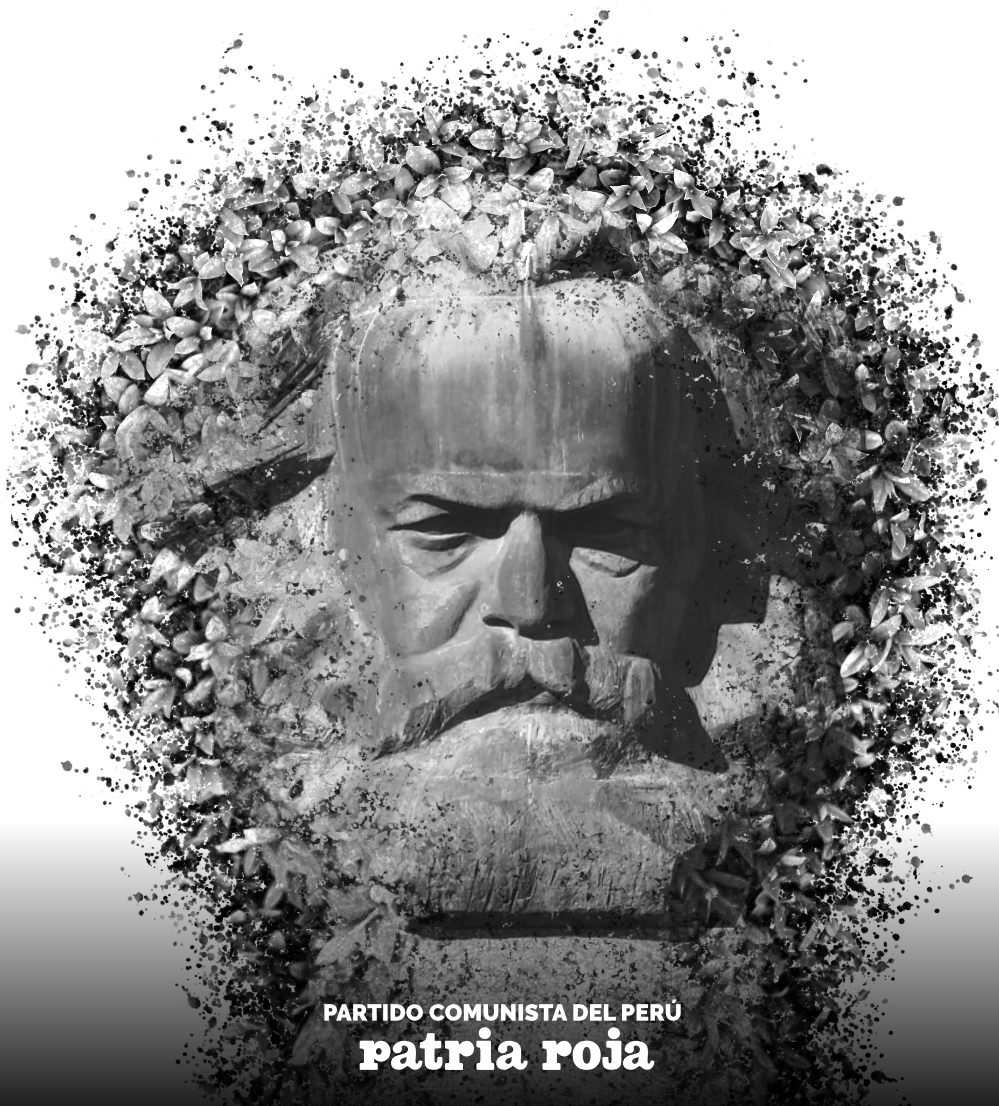
**patria roja**



# MARXISMO Y ECOLOGISMO

## SELECCIÓN DE ARTÍCULOS PARA EL DEBATE

Documentos para la difusión del pensamiento comunista  
Comisión Nacional de Comunicaciones



PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ

**patria roja**

---

**Diseño y edición:** Comisión Nacional de Comunicaciones  
del Partido Comunista del Perú - Patria Roja

**Octubre 2021**



# ÍNDICE

**7**      Presentación

*Agustín Fernández Arner, Augusto German Kohan*

**11**      Marxismo y crisis ecológica

*Joaquim Sempere*

**41**      El ecologismo de Marx

*Damiano Tagliavini e Ignacio Sabbatella*

**55**      Marxismo ecológico: elementos fundamentales  
para la crítica de la economía-política-ecológica

*Alejandro Escalera-Briceño, Manuel Ángeles-Villa  
y Alejandro Palafox-Muñoz*

**83**      ¿Por qué se debe considerar al marxismo  
ecológico en la era del capitaloceno?

*Paul Burkett*

**119**      La comprensión de los problemas ambientales  
actuales vistos con el enfoque marxista



# Presentación

Los tiempos que vivimos de capitalismo global, están atravesados por diversos tipos de crisis. Pero una de las que crisis que afecta de manera transversal al mundo, y pone en riesgo la propia subsistencia de la vida humana y todas las formas de vida sobre la tierra, es precisamente la crisis ecológica.

Los informes que anualmente emiten las entidades especialistas de la ONU y los comités de científicos que monitorean el cambio climático, coinciden en señalar que nos acercamos cada vez más a una situación irreversible, producto del modelo de industrialización, de economías extractivistas y el exacerbado consumismo de la humanidad.

Por supuesto que esta situación ha sido agravada exponencialmente por el capitalismo en su fase imperialista y global. El capitalismo como modo de producción, ha sido uno de los principales destructores de la naturaleza. Pero cabe anotar que las experiencias socialistas de la desaparecida Unión Soviética, los países socialistas de Europa del este, y actualmente países como China, descuidaron seriamente este aspecto en la búsqueda de construir modelos de economías industrializadas que puedan sostenerse y hasta llegar a

competir con el occidente capitalista. Pero ese modelo ha mostrado sus límites. Por eso es que la nueva dirección del Partido Comunista de China, en su camino de convertirse en una gran potencia mundial, está adoptando correctivos importantes para hacer de su modelo de desarrollo económico mucho más armonioso con la naturaleza y está realizando importantes inversiones para una transición hacia las energías limpias.

Es por ello que los comunistas peruanos debemos encontrar los puentes de diálogo entre el marxismo-leninismo en nuestra lectura de la realidad contemporánea, con otras corrientes del pensamiento marxista y ecologista que están llamando seriamente la atención sobre los modelos de desarrollo vigentes. En el movimiento ecologista y ambientalistas hay diversas corrientes. Las hay incluso algunas partidarias de mantener el capitalismo, hay otras anarquistas, socialistas libertarias, adversas muchas de ellas al marxismo y los comunistas. Sin embargo, podemos encontrar más similitudes y puentes con corrientes marxistas y del eco-socialismo, donde hay importantes coincidencias en la importancia que debe adquirir la lucha por la defensa de la tierra frente al capitalismo y extractivismo depredador

Nuestra lucha contra el capitalismo, y su versión más salvaje en el neoliberalismo, debe pasar por una toma de conciencia de la gravedad y seriedad de la crisis ecológica. Pero se trata no solo de constatarla, sino de integrar ese enfoque en nuestras perspectivas, luchas y nuestros programas.

Por ello, este modesto aporte de selección de artículos de académicos e investigadores que buscan encontrar los puntos de encuentro, las críticas y sobre todo las coincidencias entre el marxismo y el ecologismo. Sin duda nuestra lucha por el socialismo y el comunismo debe enriquecerse y tomar en consideración esta dimensión si queremos realmente responder a los retos que nos plantea el siglo XXI.

*Comisión Nacional de Comunicaciones*  
*Octubre de 2021*





# Marxismo y crisis ecológica

Agustín Fernández Arner, Augusto German Kohan

*"Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre".*

Fidel Castro Ruz: discurso pronunciado el 12 de junio de 1992 en la Conferencia de Organización de las Naciones Unidas sobre Medioambiente y desarrollo de Río de Janeiro.

## Introducción

Durante las últimas décadas la parte más consciente de la humanidad ha mostrado una creciente inquietud por el acelerado deterioro del entorno natural, lo cual ha suscitado multitud de publicaciones ecologistas, alarmantes trabajos de científicos especializados, así como masivas manifestaciones populares, reclamando que cambie el sistema y no el clima.

Sin embargo, los resultados de las numerosas conferencias internacionales, auspiciadas por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y otras organizaciones con el propósito de frenar la catástrofe

---

Economía y Desarrollo

Econ. y Desarrollo vol.158 no.1 La Habana ene.-jun. 2017

Departamento de Desarrollo Económico, Facultad de Economía, Universidad de La Habana, Cuba.

ecológica que se cierne sobre la humanidad han sido, hasta ahora, totalmente insuficientes para lograrlo y el deterioro ambiental sigue inexorablemente su curso. Esto evidencia que a la cúpula capitalista que gobierna el mundo le interesan más las ganancias de las corporaciones transnacionales que el bienestar de la humanidad.

En las páginas que siguen pretendemos dar respuesta a una pregunta crucial: ¿es posible resolver la actual crisis ecológica en los marcos del capitalismo? O, en otras palabras, ¿es posible un capitalismo sustentable?

### **Especificidad de la crisis ecológica contemporánea**

La crítica situación ecológica global, evidenciada en los procesos de cambio climático, agotamiento de recursos naturales y degradación ambiental, acompañados de crecientes conflictos socioambientales, está arrastrando a la humanidad a una irremisible catástrofe. Y esta amenaza no es algo remoto sino un proceso claramente ostensible, cuyos efectos ya están empezando a hacerse sentir y que, de continuar el irracional derroche consumista generado por la lógica del capital, se incrementarán a ritmo creciente en las próximas décadas, hasta provocar un daño irreparable a las condiciones necesarias para la vida en el planeta.

No es preciso ser un genio para comprender que es imposible el crecimiento infinito en un espacio finito como lo es el de nuestro planeta. Durante miles de años la humanidad tomó de la naturaleza cuanto necesitaba

para su reproducción y arrojó a ella los desperdicios de su actividad, sin preocuparse de las consecuencias futuras que de ello pudieran derivarse. Este hecho resulta perfectamente comprensible si se tienen en cuenta el bajo nivel de las fuerzas productivas y la poca densidad de la población que caracterizaban las sociedades precapitalistas. Hubo catástrofes ecológicas en períodos históricos anteriores, como las que dieron fin a la antigua cultura de la isla de Pascua y a la civilización maya, pero estas crisis estuvieron limitadas a un determinado ámbito geográfico y fueron de subproducción, expresión de la incapacidad de aquellas sociedades para hacer frente a las necesidades básicas de sus miembros.

Como afirma Daniel Tanuro:

Las degradaciones medioambientales actuales no son comparables a las que se produjeron en otros períodos históricos. Las diferencias no son solo cuantitativas (la gravedad y la globalización de los problemas ecológicos) sino, sobre todo, cualitativas: mientras que todas las crisis medioambientales del pasado se derivaban de tendencias sociales a la subproducción crónica, del temor a la penuria, los problemas actuales tienen su origen en la tendencia inversa: a la superproducción y al sobreconsumo, propios de un sistema basado en la producción generalizada de mercancías. No se trata, pues, de una crisis de la naturaleza, ambiental, sino de una crisis de la relación metabólica entre la humanidad y la naturaleza (Tanuro, 2011, p. 2).



## Conciencia del peligro

Desde el siglo XIX aparecen manifestaciones de preocupación por el posible impacto de la actividad humana sobre el entorno natural, pero no es hasta la segunda mitad del siglo XX que comienza a abrirse paso en la opinión pública mundial la conciencia del grave peligro que se cierne sobre el futuro de la humanidad. En 1968, en Roma, 35 personalidades de 30 países, entre los que se contaban académicos, científicos, investigadores y políticos, imbuidos de una creciente preocupación por las modificaciones del entorno ambiental que están afectando a la sociedad, dieron los primeros pasos para la fundación del grupo que se conocería como el Club de Roma. Su objetivo era investigar sobre las perspectivas de la crisis en curso que está afectando el medioambiente, con el propósito de promover, en funcionarios y grupos influyentes de los principales países, la reflexión acerca de la necesidad de enfrentar los graves riesgos que entraña. La organización se formalizó dos años más tarde como asociación bajo la legislación suiza. La problemática ambiental bajo análisis contemplaba la interdependencia entre distintos aspectos políticos con aspectos energéticos, alimentarios y demográficos, entre otros, proyectada hacia escenarios posibles con horizontes que se extendían hacia los próximos 50 años.

En 1972 el Club dio a conocer un informe, editado en los EE. UU. y presentado por el científico Dennis Meadows, bajo el título de "Los límites del crecimiento", también conocido como "Informe Meadows". El informe



fue preparado por un equipo de 17 científicos del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) bajo la redacción general de Donella H. Meadows, sobre la base de un programa informático denominado World 3, creado por sus autores, mediante el cual se simula el crecimiento de la población, el crecimiento económico y el incremento de la huella ecológica de la población sobre la tierra en los próximos cien años, según los datos disponibles hasta la fecha. La tesis principal del libro es que, en un planeta limitado, las dinámicas de crecimiento exponencial (población y producto per cápita) no son sostenibles (Meadows, 1972). Así, el planeta pone límites al crecimiento, mediante los recursos naturales no renovables, la tierra cultivable finita y la capacidad del ecosistema de absorber la polución producto del quehacer humano, entre otros.

Las simulaciones realizadas por el programa World 3 preveían un colapso de la producción agrícola e industrial seguido por un brusco decrecimiento poblacional dentro de los próximos cien años, como consecuencia del sobreconsumo de los recursos naturales y su gradual agotamiento. La propuesta de los autores del informe para evitar esta catástrofe es la de avanzar hacia un crecimiento cero o estado estacionario, a fin de lograr que los recursos naturales aún existentes perduren más en el tiempo. Para ello, se basaban en la creencia de que es posible modificar las tasas de desarrollo hasta alcanzar una estabilidad ecológica sustentable a largo plazo, un equilibrio global.

Bajo el impacto de los crecientes indicios de deterioro

ambiental y del "Informe Meadows", la Asamblea General de la ONU, a solicitud del gobierno de Suecia, convocó a la Conferencia de Naciones Unidas sobre el medio humano que se efectuó en Estocolmo del 5 al 16 de junio del propio año 1972, la cual aprobó la "Declaración de Estocolmo sobre el medio humano". Se trata de un documento pletórico de buenos deseos y altruismo, en el que se exhorta a ciudadanos, comunidades e instituciones, en todos los planos, a asumir una actitud responsable, a fin de procurar la conservación del entorno natural, pero obviando toda alusión a la lógica inmanente de la acumulación del capital que, acuciado por la competencia y la búsqueda incesante de la ganancia, está obligado a un crecimiento ilimitado, provocando la ruptura del metabolismo entre el hombre y la naturaleza y los consiguientes desequilibrios ecológicos. De este modo, la superproducción y el sobreconsumo, denunciados como causantes del daño ecológico, se presentan como tendencias generales del desarrollo de la humanidad y no como rasgos inherentes a su fase capitalista. No obstante, el documento constituyó un fiel reflejo de la creciente preocupación acerca del tema que comenzaba a extenderse por el mundo en aquel entonces.

Con posterioridad, se han efectuado otras tres conferencias con el propósito de examinar la marcha de los esfuerzos dirigidos a frenar el deterioro ambiental, denominadas Conferencias de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, conocidas también como Cumbres de la Tierra: Río de Janeiro, en 1992;

Johanesburgo, en 2002 y Río+20, en 2012.

Al hacerse evidentes las manifestaciones de la crisis ecológica, los círculos gobernantes de los países imperialistas centraron su atención, inicialmente, en el crecimiento demográfico, culpando a los países subdesarrollados del problema y promoviendo campañas dirigidas a la aplicación de programas de reducción de la natalidad en países atrasados con alta densidad poblacional. Con ello, se trataba de soslayar la causa fundamental del deterioro ambiental, que es la tendencia inmanente del capital al crecimiento por el crecimiento y pasando por alto el hecho de que el incontrolado crecimiento demográfico en los países subdesarrollados es consecuencia directa del desarrollo desigual del capitalismo, que condena a centenares de millones de habitantes de estos países a vivir en condiciones de extrema pobreza. No cabe duda de que el crecimiento demográfico es uno de los más graves problemas globales que enfrenta la humanidad en nuestros días, pero su solución es impensable sin un cambio radical en las condiciones de miseria, ignorancia e insalubridad en que vive la mayor parte de la humanidad, lo cual, a su vez, resulta impensable en un mundo regido por la lógica destructiva del capital. Como exponía Fidel Castro (2004):

En el más conservador de los cálculos posibles, la población mundial tardó no menos de 50 mil años en alcanzar la cifra de mil millones de habitantes. Esto ocurrió aproximadamente en el año 1800, cuando se iniciaba el siglo XIX. Llegó a dos mil millones 130 años

después, en 1930, siglo XX. Alcanzó tres mil millones en 1960, treinta años después; cuatro mil millones en 1974, catorce años después; cinco mil millones en 1987, trece años después; seis mil millones en 1999, solo doce años después. Cuenta hoy con 6 374 millones.

Sin embargo, la publicación de trabajos de científicos interesados en el tema ecológico e informes de los organismos internacionales especializados fueron poniendo en primer plano otros problemas globales no menos graves, como la disminución de la superficie cultivable, a causa de la desertificación y de su utilización con otros fines; la rápida deforestación del planeta, la contaminación de las aguas y de la atmósfera, la disminución de la biodiversidad, la acelerada concentración urbana de la población y la consiguiente desruralización, la alteración del ciclo hídrico por el sobreconsumo de agua por la agricultura intensiva y la hipertrofia de las ciudades, y demás. Sin embargo, no cabe duda de que el problema ecológico que mayores preocupaciones y debates ha suscitado es el problema energético, por las múltiples amenazas que plantea a la humanidad.

Desde su origen, con la Revolución Industrial, la moderna civilización capitalista ha basado su continua expansión en el consumo de combustibles fósiles, primero, del carbón y, desde fines del siglo XIX, del petróleo. La vida en las sociedades modernas es totalmente dependiente del petróleo: es la fuente fundamental de la generación de energía eléctrica y, por tanto, el soporte de sus innumerables aplicaciones, la fuerza motriz del transporte en todas sus modalidades

y de la maquinaria agrícola. Los productos sintéticos que de él se obtienen se utilizan ampliamente como sustitutos de productos que han comenzado a escasear o resultan más costosos, como la madera, el vidrio, las fibras textiles naturales, el cuero, entre otros. Los combustibles fósiles son una fuente de energía no renovable y, según numerosos científicos de prestigio, la extracción de petróleo ha alcanzado ya su pico sin que se vislumbre un posible sustituto. Ciertamente es que se descubren nuevos yacimientos, pero, debido a los ritmos a que ha venido creciendo su consumo, no parece posible que los nuevos hallazgos puedan compensar el descenso de la extracción por mucho tiempo, amén de que la mayor parte de los nuevos yacimientos se encuentran en aguas profundas, lo que hace la extracción mucho más costosa.

Como ya se ha indicado, hasta el presente no existe una fuente energética disponible que, por sus costos y por su rendimiento, pueda compararse siquiera con el petróleo. La energía nuclear, otrora considerada por muchos como la panacea energética universal, con los accidentes de Chernóbil y Fukushima, ha puesto de manifiesto los enormes riesgos que conlleva para la humanidad su utilización. Esto sin contar con la terrible amenaza que representan para la vida en el planeta los desechos radioactivos de las plantas nucleares, cuyos efectos nocivos perduran por cientos de años. Las fuentes de energía renovables (hidráulica, eólica, solar, geotérmica, y demás) no atentan contra el entorno, pero representan un porcentaje poco significativo del





consumo energético mundial y su aprovechamiento en gran escala exigiría cuantiosas inversiones que las empresas transnacionales, por el momento, no están dispuestas a hacer, así como drásticos cambios en los patrones de consumo. En cambio, apuestan a alternativas a corto plazo que permitan mantener, por algún tiempo, los actuales patrones de consumo, aunque de ello resulte un incremento del daño ecológico y el deterioro de las condiciones para la existencia humana, como la utilización de tierras de cultivo para producir agrocombustibles, la producción de petróleo sintético a partir de las arenas y esquistos bituminosos, la obtención del gas natural atrapado en las capas profundas de la Tierra, mediante la llamada técnica de fracking (fractura hidráulica) o el nuevo impulso a la explotación en gran escala de las reservas de carbón, abandonada anteriormente a favor del petróleo, más barato y eficiente.

Por otra parte, el enorme consumo de combustibles fósiles arroja a la atmósfera grandes cantidades de CO<sub>2</sub>, lo que aumenta su densidad, y provoca el llamado efecto invernadero, es decir, una mayor retención del calor solar por la atmósfera y la consiguiente elevación de la temperatura media del planeta. Esta situación está ya dando lugar al derretimiento de los casquetes polares y a la elevación del nivel del mar, lo que en un plazo no muy largo hará que numerosas regiones costeras queden cubiertas por las aguas. Además, el calentamiento ambiental, unido a otros factores, como la desertificación y la deforestación, dará lugar a un

cambio climático que alterará considerablemente las condiciones para la vida en el planeta, algunas de cuyas primeras manifestaciones son ya perceptibles.

En 1983, ante la falta de respuesta al llamado de alerta de la Declaración de Estocolmo, la Asamblea General de la ONU acordó la creación de un cuerpo independiente para la elaboración y promoción de una agenda global para el cambio: la Comisión Mundial de Desarrollo y Medio Ambiente. La Comisión efectuó su primera reunión en octubre de 1984, animada por la convicción optimista de que es posible para la humanidad construir un mundo más próspero, justo y seguro. En este espíritu, en abril de 1987, publicó un documento elaborado por un grupo de especialistas, encabezado por la entonces primera ministra de Noruega, doctora Gro Harlem Brundtland, titulado "Nuestro Futuro Común" (Our Common Future), conocido también como "Informe Brundtland". A diferencia del "Informe Meadows" y la Declaración de Estocolmo, el informe no propugna una estrategia conducente a un estado estacionario, sino que plantea la posibilidad de lograr un crecimiento económico basado en la combinación de políticas de sostenibilidad y de expansión de la base de recursos ambientales. Esta esperanza es, sin embargo, condicional; su realización depende de la puesta en práctica de políticas decididas, capaces de llevar adelante las restricciones económicas, ecológicas y demográficas necesarias para conciliar el crecimiento económico con la supervivencia del hombre sobre el planeta.

El espíritu optimista y esperanzado que predomina en

el documento halla su expresión sintética en el concepto de desarrollo sostenible o sustentable, porque pretende fundir en un concepto único la idea de progreso, núcleo del espíritu de la modernidad (cuya manifestación en lo económico es la aspiración al crecimiento ilimitado), con la percepción inmediata de que este progreso, este crecimiento, está tropezando con límites infranqueables, a los cuales debe ceñirse. Con este concepto se trata, pues, de armonizar (en el plano ideal) dos aspectos que son antagónicos: la tendencia inmanente del capital a la producción por la producción, al crecimiento infinito, con los límites objetivos que el carácter finito de nuestro planeta le impone a este crecimiento.

Esta contradicción hace que la definición del concepto sea necesariamente ambigua, lo cual propicia su utilización con disímiles propósitos y desde perspectivas muy diferentes. En efecto, el documento define el desarrollo sostenible como aquel que satisface las necesidades del presente sin comprometer las necesidades de las futuras generaciones. Esta definición nos lleva a preguntarnos: ¿cuáles son las necesidades del presente y cuáles son las necesidades de las generaciones futuras? ¿de qué necesidades se trata: de las que posibilitan el pleno desarrollo de cada uno en las condiciones histórico-concretas dadas o de las seudonecesidades que impone el capital para garantizar un mercado a su superproducción generalizada de mercancías, incluyendo toda clase de cosas superfluas y hasta contrarias al bienestar humano? ¿cómo podría lograrse que los capitalistas actúen en contra de su

propia condición de personificaciones del capital? ¿serían acaso los círculos gobernantes de los países capitalistas, representantes incondicionales de los intereses del capital, los encargados de llevar a cabo esta tarea?

Este carácter ambiguo fue, sin duda, un factor decisivo para que el concepto de desarrollo sostenible ganase rápidamente gran popularidad, hasta colocarse en el centro de la mayor parte de los discursos ecologistas, y fuera incluido en los programas de diversos partidos políticos y en la agenda de muchos gobiernos e instituciones.

No obstante la ambigüedad del concepto, o precisamente porque lo hace aceptable para todas las clases y grupos sociales, al menos de palabra, la demanda de un desarrollo sostenible ha desempeñado un importante papel en el logro de los magros avances alcanzados en materia de protección ambiental y en la formación en las masas populares de una conciencia ecológica, aunque las acciones realizadas con estos propósitos han tenido un alcance desigual en los distintos países, en dependencia de sus condiciones económicas y políticas concretas.

## **Las Cumbres de la Tierra**

En respuesta a una recomendación del "Informe Brundtland", en 1989, la Asamblea General de la ONU acordó efectuar una conferencia internacional sobre medio ambiente y desarrollo, iniciando así el proceso



que condujo a lo que sería la más trascendente reunión internacional sobre el tema: la Cumbre de Río, que tuvo lugar del 3 al 14 de junio de 1992, con la participación de 179 naciones y representantes de alrededor de 400 organizaciones no gubernamentales, así como la celebración paralela de un fórum de ONG que contó con cerca de 17 000 participantes. Esta conferencia despertó grandes expectativas en la opinión pública mundial, no solo por la amplia participación de gobiernos y ONG, sino también por los numerosos documentos aprobados o ratificados en ella.

Lamentablemente, los resultados de las conferencias convocadas por la ONU, con posterioridad a la Cumbre de Río, a fin de lograr una concertación que permita a la comunidad internacional detener, o al menos disminuir sustancialmente, el acelerado proceso de deterioro ambiental y cambio climático, han sido francamente decepcionantes, tanto por la insuficiencia de los acuerdos adoptados como por la reticencia mostrada por los principales países contaminadores en su cumplimiento. Los resultados de las Cumbres de la Tierra efectuadas en Johannesburgo, en 2002, y en Río de Janeiro (Río+20), en 2012, tuvieron un carácter eminentemente retórico y declarativo y estuvieron marcados por la renuencia de las potencias capitalistas a ratificar algunos acuerdos adoptados anteriormente y a tomar decisiones capaces de impulsar, en la práctica, la transformación del orden global existente, sin lo cual el pretendido desarrollo sostenible no puede ir mucho más allá de las palabras.

La respuesta de los capitalistas más razonables, más conscientes de la gravedad del problema ecológico, se resume en el Protocolo de Kyoto, aprobado en 1997, que es absolutamente insuficiente, no solo por la cuantía de las reducciones en las emisiones de gases de efecto invernadero que estipula, sino porque se plantea como meta estabilizar el efecto invernadero para dentro de 10 o 15 años, mediante un mecanismo absurdo llamado mercado de los derechos de contaminar. Los países más ricos siguen contaminando el mundo, pero basados en la posibilidad de comprar a los países más pobres el derecho de contaminar que ellos no utilizan. Transforman el derecho de contaminar en mercancía. De este modo, las naciones más ricas continúan contaminando, tanto como puedan o estén dispuestas a pagar.

Por otro lado, las Conferencias sobre Calentamiento Global y Cambio Climático auspiciadas por la ONU con el propósito de lograr la extensión del Protocolo por un nuevo período (Copenhague, en 2009; Cancún, en 2010; y Doha, en 2012) han sido poco fructíferas. La Conferencia de Doha solo pudo lograr una modesta prórroga de su vigencia, con lo cual el asunto quedó en suspenso, en espera de que una nueva conferencia internacional tomara una decisión al respecto. El tema fue retomado en la XXI Conferencia sobre cambio climático COP 21, organizada por la Convención Marco de la ONU sobre Cambio Climático, efectuada en París del 30 de noviembre al 11 de diciembre de 2015, con la participación de 95 países.

Los acuerdos adoptados en esta conferencia, aunque

según el criterio de numerosos científicos especializados en el tema ecológico resultan francamente insuficientes para enfrentar el cambio climático, pueden considerarse como positivos, por lo cual, los medios de comunicación y numerosos jefes de estado los han acogido con optimismo. En cambio, los observadores más perspicaces se muestran escépticos con respecto a su cumplimiento. En primer lugar, porque los compromisos acordados no tendrán un carácter vinculante hasta que el 55 % de los países firmantes, responsables de la emisión del 55 % de los gases de efecto invernadero, lo hayan ratificado. En segundo lugar, porque cada país deberá fijar sus objetivos a alcanzar.

El escepticismo hacia los esfuerzos internacionales dirigidos a frenar el deterioro ambiental y las promesas de desarrollo sustentable no niega la posibilidad y la necesidad de la lucha del movimiento ecologista por la conservación del planeta. Por el contrario, pone de relieve que solo mediante un intenso trabajo de concientización y movilización de las masas populares es posible obligar a la cúpula capitalista a realizar acciones que contribuyan a frenar el deterioro ambiental y que, por tanto, los éxitos del movimiento ecologista son, necesariamente, victorias parciales, episodios de una prolongada lucha, la cual solo habrá alcanzado su conclusión definitiva con la liquidación del sistema del capital y su sustitución por una nueva sociedad centrada en el bienestar del ser humano en relación armónica con la naturaleza.

Paralelamente a estas acciones institucionales, la

percepción del grave peligro que representa para la humanidad el deterioro ecológico ha generado una creciente resistencia popular contra el productivismo depredador del capitalismo, manifestada en acciones populares de diverso tipo, como las movilizaciones que tuvieron lugar en Seattle en 1999, que vio la convergencia de los ecologistas y de los sindicalistas, antes de dar nacimiento al movimiento altermundista; o las protestas de cien mil personas en Copenhague en 2009, en torno a la consigna Cambiemos el sistema, no el clima; o la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra (CMPCC) en Cochabamba, Bolivia, en abril de 2010, que contó con la asistencia de treinta mil delegados de movimientos indígenas, campesinos y ecológicos del mundo entero.

Al mismo tiempo, esta percepción ha provocado una verdadera eclosión de publicaciones ecologistas en las últimas cuatro décadas, aunque buena parte de estos trabajos no van mucho más allá de una acerba crítica al productivismo y el consumismo capitalistas, sin formular propuestas viables para la transformación del orden de cosas existente.

## **Marxismo y ecologismo**

Habida cuenta de que este artículo se propone precisar el vínculo entre marxismo y ecologismo, se puede dividir el pensamiento ecologista de las últimas décadas en dos grandes vertientes: la no marxista y la marxista. En la primera, se incluye a todos aquellos que





reprochan a Marx no haber tenido suficientemente en cuenta el tema ecológico y conciben la superación de la crisis ecológica dentro de los marcos del sistema, ora mediante políticas restrictivas que conduzcan a un crecimiento cero (decrecentistas), o que al menos mantengan el crecimiento dentro de límites sustentables; ora mediante grandes avances tecnológicos que permitan neutralizar o minimizar el impacto de la crisis ambiental (biotecnología, microelectrónica, nanotecnología, nuevos materiales, y demás).

Obviamente, en la segunda vertiente se incluyen a aquellos autores que sustentan un enfoque marxista del problema ecológico, es decir, que consideran que la tendencia al crecimiento ilimitado es un rasgo intrínseco del capitalismo y que, por tanto, su superación supone la eliminación del sistema del capital y el tránsito a una sociedad poscapitalista, socialista. La convergencia de la exaltación de la crítica marxista del capitalismo y del proyecto socialista con la lucha por la superación de la crisis ecológica ha hecho que buena parte de los autores que se catalogan aquí como marxistas se agrupen en la corriente denominada ecosocialismo. Esta corriente no es una línea de pensamiento homogénea, como tampoco lo es el marxismo contemporáneo, pero creemos que, no obstante, cualquier diferencia o discrepancia, sus principales representantes pueden ser considerados como marxistas.

Cuando Marx y Engels elaboraron sus trabajos fundamentales, en los que se exponía el carácter antagónico del modo de producción capitalista y la

necesidad de su sustitución revolucionaria por el socialismo, el problema ecológico no era aún tan evidente, razón por la cual no se encontraba en el centro de sus análisis, aunque, como se demostrará más adelante, carece de todo fundamento la tesis sustentada por numerosos ecologistas, según la cual la teoría económica de Marx no tiene en cuenta el problema ecológico. Por otro lado, si bien Marx estaba consciente de que el capitalismo solo había triunfado en una pequeña parte del mundo y de que su universalización podría tomar largo tiempo, albergaba la esperanza de que una exacerbación extrema de sus contradicciones lo hiciese colapsar antes de que dicho proceso llegara a su término, lo que pudiera ahorrar incontables sufrimientos a la humanidad, pero el tránsito del capitalismo a su fase imperialista le permitió desplazar sus contradicciones y abrir nuevos espacios de acumulación al capital.

Otro tanto ocurrió con Lenin. En medio de la inédita carnicería provocada por la Primera Guerra Mundial y, tomando en consideración la acentuación del desarrollo desigual del capitalismo en su fase imperialista, formuló la hipótesis de que, si bien la atrasada Rusia no tenía las premisas materiales y culturales para el socialismo, el proletariado ruso podía tomar el poder e iniciar la transición al socialismo, adelantándose a la inminente revolución en Occidente, contando con que recibiría el apoyo del proletariado triunfante de Alemania, hipótesis que no se vio confirmada por la historia, lo cual imprimió a la sociedad soviética un curso no previsto por su fundador.

Lo cierto es que, cada vez que la acumulación del capital ha llegado a uno de esos puntos de inflexión en los que sus contradicciones se agudizan al máximo, entorpeciendo el proceso de valorización, el capital ha logrado desplazarlas y abrir nuevos espacios de acumulación que han permitido restablecerla. Por consiguiente, la existencia del capitalismo se ha prolongado mucho más allá de lo que ninguno de los grandes teóricos marxistas pudo prever, lo que le ha posibilitado desarrollar las fuerzas productivas hasta un punto tal que se han convertido en fuerzas destructivas, tal y como previera Marx en "La ideología alemana" (1973). Con la actual crisis estructural sistémica, la irracionalidad del modo de producción capitalista ha llegado a su clímax porque, a diferencia de otras fases de estancamiento encaradas por el sistema anteriormente, ahora se combinan una profunda crisis de sobreacumulación mundial cuyo fin no se avizora con la crisis ambiental, que, como ya hemos visto, obedece a tendencias que se hallan inscritas en el código genético del sistema y son, por tanto, irreversibles.

Puede decirse, entonces, que la prolongación de la existencia del capitalismo y el enorme desarrollo de las fuerzas productivas que la ha acompañado han complejizado la transición al socialismo, por cuanto:

La globalización de la economía capitalista ha ampliado considerablemente las relaciones de dependencia entre las economías nacionales, lo que hace más patente que nunca antes la tesis marxista de que la victoria completa del socialismo solo es posible a

escala mundial, pero, al mismo tiempo, la acentuación del desarrollo desigual del capitalismo ahonda las diferencias entre las condiciones objetivas y subjetivas en los distintos grupos de países, haciendo más difícil la coordinación internacional de acciones revolucionarias.

La oligarquía financiera transnacionalizada y los gobiernos que la representan disponen ahora de terribles armas de destrucción masiva, de sofisticados medios de represión que aumentan su capacidad para enfrentar la lucha de las masas populares y de un poderoso aparato mediático mundializado que les permite distraer, desinformar y confundir a una parte importante de la población.

Si en los primeros años del siglo XX los marxistas concebían la revolución socialista como la sustitución de las relaciones de producción capitalistas por las socialistas, mientras que la transformación de las fuerzas productivas se veía, fundamentalmente, como la creación de una base técnico-material que hiciera posible la superación del atraso económico y abriera el camino a un crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas, hoy, en cambio, a la par de la transformación revolucionaria de las relaciones de producción, es preciso llevar a cabo una transformación cualitativa de las fuerzas productivas, la cual debe, además de propiciar la superación del atraso económico, implicar la desaparición de ramas enteras de la producción y los servicios, como la producción de armamentos, la publicidad y otras producciones superfluas; el paso de la obsolescencia programada a la



producción de bienes con la máxima duración posible; la gradual sustitución de la agricultura intensiva en agua y productos químicos por una agricultura ecológicamente sustentable; la paulatina reducción del consumo de combustibles fósiles a favor de las fuentes de energía renovables. En suma, la transición al socialismo en las condiciones del siglo XXI exige, junto a la supresión de la explotación capitalista, la eliminación del productivismo que caracteriza al capitalismo y caracterizó también al llamado socialismo real y el paso a una economía ecológicamente sustentable.

Esta transformación de las fuerzas productivas implicará, necesariamente, drásticos cambios en los patrones de consumo, lo que es una cuestión sumamente complicada porque ¿cómo saber qué necesidades son racionales y cuáles no lo son?, ¿quién decidirá esto? ¿cómo se resolverían las diferencias entre los patrones de consumo en países desarrollados y subdesarrollados? Solo la práctica podrá dar respuesta a estas cuestiones.

Estas circunstancias hacen más complejo el camino al socialismo en las condiciones actuales, pero no son, en modo alguno, obstáculos insalvables, como lo demuestran la acentuación de las contradicciones y la inestabilidad del sistema, la ocurrencia de profundas transformaciones revolucionarias de carácter popular y antimperialista en varios países de América latina y el incremento de la lucha de masas contra la opresión social y las políticas neoliberales en todo el mundo.

Lo expuesto en las páginas precedentes y, sobre

todo, la lógica implacable de los hechos, ponen de manifiesto la justeza del enfoque marxista del tema ecológico y la inviabilidad de cualquier proyecto dirigido a lograr un capitalismo sostenible. Se considerarán ahora las críticas que muchos ecologistas hacen a la teoría marxista.

La crítica fundamental que se hace al marxismo desde posiciones ecologistas es que Marx no prestó atención a la relación hombre/naturaleza y, por ende, al tema ecológico, sobre todo en sus obras de madurez, ya que esto es difícil de sostener cuando se trata de las obras de juventud. Ya en los Manuscritos económico-filosóficos de 1844, Marx expone de manera contundente su concepción de la unidad orgánica del hombre y la naturaleza:

La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre, es decir, la naturaleza en cuanto no es ella misma el cuerpo humano. El hombre vive de la naturaleza; esto quiere decir que la naturaleza es su cuerpo, con el que debe permanecer en un proceso continuo, a fin de no perecer. El hecho de que la vida física y espiritual del hombre depende de la naturaleza no significa otra cosa, sino que la naturaleza se relaciona consigo misma, ya que el hombre es una parte de la naturaleza (Marx, 1965, pp. 76-77).

A pesar de la dicotomía que algunos críticos establecen entre la obra de la juventud y la obra de la madurez de Marx, la idea de la unidad entre el hombre y la naturaleza mantiene su continuidad en sus obras de madurez, especialmente en *El capital*. Así, en el capítulo V, al explicar el proceso de trabajo escribe:



El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que este realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y las manos, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina (Marx, 1973, p. 139)

Particularmente interesante resulta la argumentación de esta idea en el capítulo XIII de El Capital, "Maquinaria y gran industria", porque, siguiendo las ideas expuestas por el gran botánico y químico alemán Justus Von Liebig (padre de la química orgánica), introduce dos tesis de un extraordinario valor para comprender la esencia de la actual crisis ambiental: la primera explica el papel que ha tenido la separación de la ciudad y el campo en el capitalismo y su impacto ecológico; la segunda, pone de manifiesto el carácter depredador del capitalismo:

Al crecer de un modo incesante el predominio de la población urbana, aglutinada por ella en grandes centros, la producción capitalista acumula, de una parte, la fuerza histórica motriz de la sociedad, mientras que de otra parte perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra;

es decir, el retorno a la tierra de los elementos de esta consumidos por el hombre en forma de alimento y de vestido, que constituye la condición natural eterna sobre la que descansa la fecundidad permanente del suelo.

Y más adelante expresa: "Por tanto, la producción capitalista solo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre" (Marx, 1973, pp. 453-455).

Por su parte, Engels, en su artículo "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre", destaca los efectos negativos, inesperados, de la actividad humana sobre la naturaleza en el largo plazo, cuando escribe:

Sin embargo, no nos dejemos llevar del entusiasmo ante nuestras victorias sobre la naturaleza. Después de cada una de estas victorias, la naturaleza toma su venganza. Bien es verdad que las primeras consecuencias de estas victorias son las previstas por nosotros, pero en segundo y en tercer lugar aparecen unas consecuencias muy distintas, totalmente imprevistas y que, a menudo, anulan las primeras [...] Así, a cada paso, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia



de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente (Engels, 1981, pp. 75-76).

Los pasajes citados más arriba demuestran, de manera inequívoca, la justeza del enfoque marxista del proceso metabólico existente entre la actividad humana y su entorno natural y del nefasto impacto de la lógica depredadora del capital sobre él. Sin embargo, los ecologistas no marxistas reprochan a los fundadores del marxismo que no tuvieron en cuenta el problema ecológico. Se sirven para ello de aquellos pasajes de sus obras en que caracterizan a la futura sociedad comunista, sin traslucir preocupaciones ecológicas, como una sociedad de abundancia, capaz de satisfacer plenamente las necesidades de sus miembros y los acusan de productivismo. Tal es el caso, por ejemplo, del conocido pasaje de la Crítica del Programa de Gotha, en que Marx se refiere a la futura sociedad comunista:

En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades! (Marx, 1981, p. 15).

Estas críticas pasan por alto que Marx y Engels partían de la hipótesis de que la revolución proletaria triunfaría, de manera más o menos simultánea, en los principales países capitalistas, la cual no fue confirmada por el curso seguido por el capitalismo en su fase imperialista, caracterizado por un creciente desarrollo desigual y, por consiguiente, no podían prever el impacto ecológico que tendría la prolongación de su existencia hasta nuestros días. Tampoco toman en cuenta que la lucha por superar el sistema capitalista no se limita, únicamente, al desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas. Es, a la vez, la lucha por superar el estado de alienación al que la producción mercantil somete al género humano, por recuperar el control sobre las relaciones sociales y su funcionamiento. Es más, ambas esferas están en estrecha interrelación, pues la superación de la alienación debe permitir la planificación consciente y la elección de a qué tipo de crecimiento y desarrollo se destinan las capacidades productivas de la sociedad. Este desarrollo, sin la mediación y acicate de la valorización del capital, sin el consumismo patológico de la sociedad mercantil, debe permitir la utilización sostenible de los recursos de la naturaleza para el pleno desarrollo del individuo y de todas sus potencialidades humanas.

### **Palabras finales**

A lo largo de estas páginas se ha expuesto la terrible amenaza que representa para la existencia de la humanidad la sistemática destrucción del entorno



natural, provocada por la tendencia a la producción por la producción y al derroche consumista inmanente a la lógica del capital, cuyas manifestaciones son ya claramente ostensibles.

La experiencia acumulada desde los primeros pasos dados por el Club de Roma en 1962 hasta la reciente Conferencia de París en 2015 evidencia, palmariamente, la reticencia de la cúpula gobernante en los principales países capitalistas a adoptar acciones enérgicas que conduzcan a una verdadera transformación cuantitativa y cualitativa de la producción, así como de los correspondientes patrones de consumo. Ello confirma, por si alguien tuviera alguna duda, la justeza de la crítica marxista del sistema del capital. Los hechos han ido demostrando, una y otra vez, que conceptos como capitalismo sostenible, capitalismo sustentable son pura demagogia. El capitalismo es irreformable y, en consecuencia, no es posible una solución completa y definitiva de la crisis ecológica en los marcos del sistema. Solo el tránsito al socialismo a escala mundial puede lograr la plena armonía entre la humanidad y la naturaleza. Mientras tanto, es preciso una lucha sistemática de las masas populares para arrancar a los gobiernos capitalistas acciones que, al menos, contribuyan a posponer el desastre.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

CASTRO R., F. (2004): "Discurso pronunciado en el acto con motivo del 45 aniversario del triunfo de la Revolución en el teatro Carlos Marx, el 3 de enero de 2004", <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2004/esp/f030104e.html>> [15/04/2015].

COMISIÓN MUNDIAL DE DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE (1987): "Nuestro futuro Común", Informe Brundtland, <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3261933>> [15/07/2016].

ENGELS, F. (1981): "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre", en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas en tres tomos, t. III, Editorial Progreso, Moscú.

MARX, C. (1965): Manuscritos económicos y filosóficos de 1844, Editora Política, La Habana.

MARX, C. (1973): El Capital, Editora de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

MARX, C. Y F. ENGELS (1973): "La ideología alemana", Obras escogidas en tres tomos, t. III, Editorial Progreso, Moscú.

MARX, C. (1981): "Crítica del Programa de Gotha", en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas en tres tomos, t. III, Editorial Progreso, Moscú.

MEADOWS, D. (1972): "Los límites del crecimiento", <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2615015>> [10-08-2015].

ONU (1972): "Conferencia de la Organización de las



Naciones Unidas sobre el medio humano", Declaración de Estocolmo, <<http://www.ecologiahoy.com/conferencia-de-estocolmo>> [07/01/2015].

TANURO, D. (2011): "Fundamentos de una estrategia ecosocialista", Viento Sur, <<http://vientosur.info/spip.php?article5327>> [15-10-2012].



# El ecologismo de Marx\*

Joaquim Sempere

19 noviembre, 2018

El ecologismo apareció como corriente influyente en los Estados Unidos y Europa occidental en los años 60 del siglo XX, al margen de las izquierdas tradicionales, y en particular del marxismo. Algunas de sus corrientes incluso se presentaban como una superación de la oposición entre derecha e izquierda, con el argumento de que los conflictos sociales (especialmente entre clases) estaban destinados a pasar a segundo término frente a un problema de fondo: la agresión humana contra el medio ambiente natural. Esta agresión afectaba a todo el mundo, era un problema de la humanidad, no de una parte, de una clase social. Pero no todo el ecologismo lo veía igual. Un sector, que se volvió mayoritario en su seno, consideraba que la destrucción ambiental era un resultado más de la dinámica expansiva, dominadora y privatizadora del capitalismo, y que por tanto el ecologismo tenía que ser anticapitalista.

¿Hasta qué punto los fundadores del socialismo moderno fueron conscientes del problema? Ha corrido mucha tinta sobre el tema. En el caso de Marx y Engels, fundadores de la corriente más influyente de la izquierda socialista, la polémica fue intensa. Alguno les

---

\* **Fuente:** Revista Sin Permiso (02/10/2018)

ha atribuido desde ignorancia de la cuestión ecológica hasta posiciones abiertamente “productivistas” y, como tales, antiecológicas y cómplices de desarrollos industriales extremadamente destructivos del medio natural. Las prácticas inequívocamente productivistas de los regímenes autodenominados marxistas reforzaban este argumento. El bicentenario del nacimiento de Marx es una buena ocasión para repasar qué hay de verdad en estas críticas.

Marx consideraba que la burguesía, impulsando el industrialismo capitalista, creó un nuevo mundo, introduciendo innovaciones que multiplicaban las capacidades humanas para transformar el medio natural y para dotarse de mejoras gracias a la aplicación de la ciencia y la técnica a la producción. La burguesía, con ello, generaba además las condiciones previas necesarias para avanzar hacia una nueva etapa de la historia humana, una era de fraternidad: el socialismo o comunismo. El maquinismo y la concentración de trabajadores en fábricas hacían nacer un nuevo modo socializado de trabajo y de producción, que, gracias a la división del trabajo en el interior de la empresa, incrementaba la productividad del trabajo humano y aportaba una plétora de productos inaudita. Y concentraba en grandes fábricas aquellos que serían los protagonistas de los cambios revolucionarios exigidos por el nuevo régimen socioeconómico: los proletarios, llamados a subvertir el orden capitalista. Pero el maquinismo fragmentaba la actividad de cada trabajador hasta convertirlo en una simple pieza de una

gran maquinaria, y sometiéndolo a explotación. La explotación, es decir, la expropiación por el empresario capitalista del producto del trabajo excedente de los obreros permitía una acumulación de riqueza en manos del empresario. De modo que Marx, al tiempo que veía progreso en la industria mecanizada, veía dominación, sufrimiento y regresión humana. Había aprendido a pensar dialécticamente, percibiendo juntos los aspectos opuestos de una misma realidad, que raramente tiene una sola cara. En el socialismo moderno hay también una idea frecuentemente no explicitada: la productividad de las modernas fuerzas productivas permite liberar tiempo y energía para los trabajadores que, emancipados de la explotación capitalista, podrían dedicarse a la vida política y a la gestión de la cosa pública bajo un régimen comunista.

No comprender el punto de vista dialéctico ha llevado a muchos lectores y críticos de Marx a interpretar erradamente algunas de sus ideas. Así, si el industrialismo capitalista es un paso hacia la liberación de los trabajadores, parece que tenga que ser considerado sin reservas como un fenómeno positivo. Desde este punto de vista, Marx sería un admirador del progreso técnico e industrial, y, como tal, alguien que, de una manera u otra, ha contribuido a implantar o consolidar la civilización técnica que está revelándose nefasta para las condiciones de vida de la biosfera y de la misma especie humana. En otras palabras, Marx no solo no tendría nada de ecologista, sino todo lo contrario, formaría parte activa de una cultura esencialmente contraria a la vida y



dominadora de la naturaleza.

Pero disponemos desde hace más de 30 años de estudios orientados a señalar la presencia, en la obra de Marx, de ideas que se pueden calificar como ecologistas o protoecologistas. Manuel Sacristán, traductor de diversas obras de Marx (entre ellas, el primer libro de El capital) y muy buen conocedor de su obra, publicaba en 1984 en la revista Mientras Tanto un trabajo titulado “Algunos atisbos político-ecológicos de Marx” (recogido en el volumen Manuel Sacristán, Pacifismo, ecología y política alternativa, Barcelona, Icaria, 1987). En este trabajo, Sacristán explicaba cómo Marx denunciaba la degradación, en el sistema capitalista, tanto de la integridad y la salud de los trabajadores como de la fertilidad de la tierra, dos realidades naturales –el trabajo humano y la tierra– que son, dice Marx, “las dos fuentes de las cuales mana toda la riqueza”. Marx y Engels fueron conscientes de un problema que preocupó a muchos científicos y estadistas del siglo XIX: la pérdida de nutrientes de las tierras agrícolas en un momento de crecimiento demográfico, y de la irracionalidad metabólica que suponía la existencia de grandes ciudades que importaban de los campos muchos alimentos, pero no retornaban los nutrientes a la tierra, sino que los evacuaban hacia los ríos, contaminándolos, y derrochando un recurso de gran valor. La ruptura de la circularidad de los nutrientes ponía en cuestión tanto la viabilidad económica a largo plazo de la agricultura capitalista como la viabilidad ecológica de las grandes ciudades, hasta el punto de

que, en el Anti-Dühring, Engels afirma: “La civilización nos ha dejado con las grandes ciudades una herencia que costará mucho tiempo y trabajo eliminar; pero las grandes ciudades deben ser eliminadas, y lo serán, aunque a través de un proceso lento”.

Marx, según Sacristán, creía que “en el momento de construir una sociedad socialista el capitalismo habrá destruido completamente la relación correcta de la especie humana con el resto de la naturaleza (...) Y entonces asigna a la nueva sociedad una tarea –dice literalmente– de ‘producir sistemáticamente’ este intercambio entre la especie humana y el resto de la naturaleza. (...) La sociedad socialista queda así caracterizada como aquella que establece la viabilidad ecológica de la especie” [1]. Como se puede observar, Sacristán ponía de manifiesto en los textos de Marx y Engels unos puntos de vista inequívocamente “ecologistas” y una percepción muy acertada de un rasgo esencial del capitalismo: la ruptura de la circularidad de los intercambios entre humanos y medio natural que son la condición básica de la continuidad de la vida humana sobre la tierra. Marx utilizó profusamente el término “metabolismo” –en alemán Stoffwechsel, es decir, intercambio de materiales, que no es nada más que la definición de “metabolismo”–, un término típicamente ecológico, y eso dice mucho de la consciencia de Marx sobre la cuestión. La observación de Marx según la cual el socialismo estaba destinado a establecer “la viabilidad ecológica de la especie [humana]” se hace explícita en el libro III de El capital, donde se caracteriza la sociedad sin

clases, el comunismo, que supuestamente ha de suceder al capitalismo, no solo como una sociedad libre de explotación y de inseguridad, sino también como una sociedad en la que “los seres humanos regularán conscientemente su metabolismo con la naturaleza”. Esta frase, que ha sido en general poco comentada por los lectores e intérpretes de *El capital*, subraya hasta qué punto Marx fue consciente de la dimensión ecológica de la vida humana, del papel destructivo del capitalismo respecto a esta dimensión e incluso de la misión regenerativa que correspondería al socialismo en el futuro.

En el año 2000 se publicaba la obra de John Bellamy Foster *Marx's Ecology. Materialism and Nature* (traducido al castellano con el título *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, El Viejo Topo, 2004), una obra consistente y muy documentada sobre el tema, que aclara muchos puntos. Este libro aporta elementos adicionales que permiten hacerse una idea más precisa del ecologismo de Marx, a partir de un recorrido muy detallado de las diferentes tradiciones científicas y materialistas que influyeron en este autor, desde Epicuro (a quien va a dedicar su tesis doctoral) y Lucrecio hasta los ilustrados europeos y la ciencia natural. Foster explica, a partir de los cuadernos de lectura de Marx, como este se interesó, entre otros, por la geología histórica, por la teoría evolucionista de Darwin y por la química agrícola, especialmente por Justus von Liebig, que denunció la inviabilidad a largo plazo de la agricultura capitalista. Recoge también múltiples pronunciamientos sobre el tema tanto de Marx

como de Engels. Este último, en una carta a Marx, ponía el acento en el derroche “de nuestras reservas de energía, nuestro carbón” (que caracteriza como “calor solar del pasado”) y de los bosques, indicando los efectos devastadores de la deforestación[2].

Foster relaciona la conciencia marxiana de la “fractura metabólica” (término utilizado por Marx) con la obsesión por la división antagónica entre ciudad y campo. Y alude a un tema que la moderna crítica ecologista ha puesto en evidencia explicando que el comercio desigual implica expolio de recursos naturales, es decir, uso y consumo, por parte de los países ricos, de la tierra y el agua de los países pobres cuando los primeros importan piensos, producción vegetal o ganadera de los países pobres:

“Para Marx –dice Foster– la fractura metabólica relacionada en el nivel social con la división antagónica entre ciudad y campo se ponía también de manifiesto a un nivel más global: las colonias asistían impotentes al robo de sus tierras, sus recursos y su suelo al servicio de la industrialización de los países colonizadores”. Siguiendo a Liebig, que había afirmado que “Gran Bretaña roba a todos los países las condiciones de su fertilidad” y señalando a Irlanda como ejemplo extremo, escribe Marx: “Indirectamente Inglaterra ha exportado el suelo de Irlanda sin dejar siquiera a sus cultivadores los medios para reemplazar los elementos constituyentes del suelo agotado” (p. 253).

Es bastante evidente que, en estas observaciones, Marx apunta una visión del imperialismo que va mucho más allá

de una explotación en términos de valor económico, y que incluye el saqueo y la transferencia física de recursos naturales: fertilidad de la tierra, minerales del subsuelo, agua. Foster recoge también que Engels transmitió a Marx la noticia de los trabajos de Podolinski sobre flujos de energía y de valor, solo unos meses antes de la muerte de Marx. Este desestimó por simplistas las inferencias de Podolinski, pero sin negar su pertinencia.

Un par de observaciones más indican hasta qué punto había avanzado en la mente y la obra de Marx la conciencia ecológica. Una es el esbozo de la noción de sostenibilidad ecológica en la idea de la continuidad de la especie humana o “cadena de generaciones”, cuando dice, por ejemplo, en el libro I de El capital, que “la agricultura tiene que preocuparse por toda la gama de condiciones permanentes de la vida que requiere la cadena de las generaciones humanas”, o cuando se refiere a las “condiciones eternas de la existencia humana impuestas por la naturaleza”[3]. Otra observación, esta más socioecológica, merece una atención especial, porque se ha atribuido a Marx la idea de que el desarrollo agrícola exige aumentar la escala de la producción, idea que parece coherente con una visión peyorativa del pequeño campesinado como una rémora del pasado. He aquí como lo presenta Foster:

(...) Su análisis [el de Marx] le enseñó los peligros de la agricultura a gran escala, a la vez que le hacía ver que la cuestión principal era la interacción metabólica entre los seres humanos y la tierra. En consecuencia, la agricultura solo podía existir a una escala bastante grande allí donde

se mantuvieran las condiciones de sostenibilidad, cosa que Marx consideraba imposible en la agricultura capitalista a gran escala. 'La moraleja del cuento –dice Marx en el libro III de El capital– (...) es que el sistema capitalista va en sentido contrario a la agricultura racional, o que la agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista (aunque este promueva el desarrollo técnico de la agricultura) y necesita o bien pequeños campesinos que trabajen por su cuenta o el control por parte de productores asociados'. Marx y Engels argumentaron continuamente en sus obras que los grandes terratenientes eran invariablemente más destructivos en relación a la tierra que los agricultores libres (p. 255).

Sorprendente, ¿no? Estas observaciones contradicen la visión habitual de Marx en relación a la ecología. Esto tiene una explicación. Estas percepciones de Marx y Engels no bastaron para superar su visión esencialmente productivista y su confianza, pese a todo, en el progreso técnico, y no influyeron en los contenidos básicos del corpus teórico que se traspasó a sus herederos, los cuales fijaron su atención en la interpretación marxiana del desarrollo industrial, que tomaron como paradigma desligándolo de sus efectos colaterales ecológicos.

Foster recorre las aportaciones de diversos autores marxistas que recogieron algunas de las reflexiones ecológicas de Marx y Engels, como el mismo Kautsky en su trabajo sobre la cuestión agraria. Da un valor especial a Bujarin, que asignó un papel importante al concepto de metabolismo en su tratado de sociología. Bujarin atribuyó a la agricultura más importancia que cualquier

otro dirigente bolchevique, hecho que estaba ligado a su defensa de los campesinos frente a los intentos de colectivización forzosa de las tierras. Dio una particular importancia a Vernadsky, introductor en el año 1926 del concepto de "biosfera" y fundador de la geobioquímica, de quien Lynn Margulis dijo que "fue la primera persona en toda la historia que se enfrentó a las implicaciones reales del hecho de que la tierra sea una esfera autónoma". Y a Vavilov, especialista en genética vegetal. Tanto Vernadsky como Vavilov vivieron y desarrollaron sus teorías en la Rusia soviética. El mismo Lenin estableció en 1920 una reserva natural en la Unión Soviética al sur de los Urales, la primera en el mundo destinada por un gobierno al estudio científico de la naturaleza. Todo esto hace decir a Foster que "en la década de 1920 la ecología soviética era probablemente la más avanzada del mundo" (p. 365). Pero como tantas otras iniciativas innovadoras de la revolución soviética, todo se lo llevó el viento de la contrarrevolución estalinista. La URSS puso en práctica un industrialismo descarnado y una agricultura química y mecanizada de grandes unidades. No solo las prácticas agronómicas quedaron marcadas por la filosofía desarrollista, sino que dieron origen a planteamientos teóricos e ideológicos que influyeron en todo el movimiento de obediencia soviética en el mundo. Un ejemplo estremecedor de hasta dónde ha podido llegar la tecnolatría implícita en esta orientación se encuentra en la obra colectiva checa *La civilización en la encrucijada*, dirigida por el científico social Radovan Richta, que en

los años 60 del siglo XX llamó la atención como una versión modernizada de la filosofía del “socialismo real”. El equipo redactor se vinculó al programa democratizador de Alexander Dubcek, y por tanto era visto como una renovación de la idea del socialismo. ¿Lo fue realmente? No en el replanteamiento de la consideración teórica de la naturaleza en relación a la especie humana. Entre otras cosas, la mencionada obra dice: “El mundo que rodea hoy al hombre ya no es desde hace tiempo la naturaleza intacta. (...) Adopta los rasgos de una naturaleza otra, impuesta por el hombre. (...) El hombre deja de ser un simple ser natural y deviene, en todos los aspectos, un individuo social, elaborado por la civilización”. El gran cambio que los autores de este estudio ponen de relieve es un cambio tecnológico, el paso de una tecnología que fragmenta y aliena las capacidades de los trabajadores y de los ciudadanos, a una tecnología “multilateral, que les abre el camino de su desarrollo propio y autónomo”. El mérito de este cambio proviene de la “revolución científico técnica”:

La automatización, la quimización, la biologización de la producción, las técnicas modernas de consumo, los medios de comunicación y el urbanismo tienden actualmente a evitar que las personas sirvan al mundo de los objetos. La revolución científica y técnica, en su conjunto, puede en definitiva llegar a transformar la civilización en un servicio para el ser humano: a adaptar el proceso de producción, a construir un modo de vida, etc., favoreciendo así el desarrollo humano en su plenitud[4].

Es absolutamente revelador que este informe de 460



páginas en la versión francesa no contenga ninguna consideración ni mención alguna de la agricultura y la alimentación humana, que no hable de alienación del hombre respecto de la naturaleza... ¡que no haga aparecer la palabra “agricultura”! Su tecnolatría llega tan lejos, si no más, que los documentos de la Rand Corporation de los Estados Unidos o de cualquier otra agencia tecnocrática del mundo.

La izquierda tiene que librarse de toda esta regresión teórica. Dos amenazas le ayudarán a hacerlo: el cambio climático y el agotamiento de los combustibles fósiles y el uranio. No se podrán abordar estas dos amenazas sin una reconsideración radical de la fractura metabólica experimentada los dos últimos siglos y sin un programa de mutación energética y metabólica para reconstruir la economía sobre la base de la sostenibilidad ecológica y la circularidad de los recursos. Releer a Marx y Engels con una nueva mirada, que permita recuperar sus reflexiones protoecologistas superando sus insuficiencias, ayudará sin duda a llevar adelante este programa de reconstrucción.



## NOTAS

[1] Manuel Sacristán, “Algunos atisbos político-ecológicos de Marx”, en el volumen *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Barcelona, Icaria, 1987, pp. 146-147. La cita del Anti-Dühring está en la p. 144.

[2] John B. Foster, *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004, pp. 255-256.

[3] J.B. Foster, *op. cit.*, pp. 253 y 252.

[4] Radovan Richta (dir.), *La civilisation au Carrefour*, París, Éditions Anthropos, 1969, pp. 210-211 y 213.

Versión castellana y parcialmente modificada de un artículo publicado por su autor en la revista *Nous Horizons*, nº 218 y reproducido en la web de Sin Permiso.





# Marxismo ecológico: elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica\*

*Damiano Tagliavini\*\* e Ignacio Sabbatella\*\*\**

## 1) Introducción

La crítica situación ecológica global, evidenciada en los procesos de cambio climático, agotamiento de bienes naturales y degradación ambiental, acompañados de crecientes conflictos socio-ambientales, nos sugiere preguntarnos qué relación guarda con los fundamentos del modo de producción y reproducción capitalista.

A través del presente artículo procuramos exponer la relevancia de la teoría marxista para analizar dicha crisis y contribuir a la cimentación de un marxismo ecológico (en adelante ME), como una novedosa corriente de pensamiento crítico. A pesar de las experiencias fallidas del denominado “socialismo real” en su relación con la naturaleza y de la propensión del capitalismo a internalizar el discurso ambientalista, creemos posible

---

\* **Fuente:** Revista Mientras Tanto (Julio del 2011)

\*\*Ignacio Sabbatella es licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires y becario del Conicet-Instituto Gino Germani.

\*\*\*Damiano Tagliavini es licenciado en Ciencia Política y director del “Curso regional sobre evaluación y reducción de la contaminación en ambientes acuáticos”. Ensayo publicado originalmente en la revista argentina Herramienta.

observar una significativa tendencia de algunos pensadores marxistas a incorporar la ecología y de buena parte de los movimientos ambientalistas a radicalizar su praxis política hacia posiciones anticapitalistas.

De esta manera, nos proponemos rastrear aportes en la obra de Marx y Engels, analizar las críticas al marxismo que se realizan desde la Economía Ecológica y, finalmente, enumerar algunos precursores del ME, junto a algunos conceptos que ayudan a entender la relación entre capital y naturaleza.

No pretendemos agotar el tema aquí sino apenas realizar una contribución crítica, planteando la pertinencia del debate y sus potencialidades para la investigación científica y la actividad política.

## **2) Aportes ecológicos en la obra de Marx y Engels**

A pesar de los prejuicios vigentes en el ambientalismo, Marx y Engels analizaron en diversos pasajes los vínculos entre el mundo social y el mundo natural. La distinción analítica que proponemos no debe entenderse como conceptos cerrados e independientes, sino más bien como temas vinculados entre sí.

### **a) Concepción materialista de la naturaleza**

Resulta sugerente comenzar con el trabajo de John Bellamy Foster (2004) quien reconstruye una concepción materialista-dialéctica de la naturaleza en la obra de Marx. Arroja luz sobre tres grandes herencias

que han sido descuidadas: el filósofo griego antiguo Epicuro, el químico agrícola Justus von Liebig y Charles Darwin. El primero inspiró una visión materialista de la naturaleza. A partir del segundo construyó una comprensión del desarrollo sostenible. Mientras que de Darwin adoptó un enfoque coevolucionista de las relaciones entre los humanos y la naturaleza. Sin detenernos aquí, señalamos que dicha reconstrucción echa por tierra el prejuicio de la producción intelectual de Marx como ajena al mundo natural.

En sus Manuscritos de 1844, Marx esboza una definición del concepto de naturaleza: "La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre, es decir, la naturaleza en cuanto no es ella misma el cuerpo humano. El hombre vive de la naturaleza; esto quiere decir que la naturaleza es su cuerpo, con el que debe permanecer en un proceso continuo, a fin de no perecer. El hecho de que la vida física y espiritual del hombre depende de la naturaleza no significa otra cosa, sino que la naturaleza se relaciona consigo misma, ya que el hombre es una parte de la naturaleza" (Marx, 2004: 112).

En este pasaje se hace evidente que para Marx no existe dicotomía entre el ser humano y la naturaleza. Esta no es algo externo o un mundo exterior. "El hombre no está en la naturaleza, sino que es naturaleza" (Vedda, 2004: xxix). La naturaleza le ofrece al hombre su medio de vida inmediato, así como la materia, el objeto y la herramienta de su actividad vital, es decir el trabajo. Esto nos conduce a plantear una continuidad con su obra de madurez, especialmente en *El Capital*.



## **b) Relación trabajo-naturaleza en la producción de valores de uso**

En El Capital, Marx señala que la naturaleza es, junto al trabajo, punto de partida de la producción de valores de uso. “En este trabajo de conformación, el hombre se apoya constantemente en las fuerzas naturales. El trabajo no es, pues, la fuente única y exclusiva de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es, como ha dicho William Petty, el padre de la riqueza, y la tierra la madre” (Marx, 2000: 10).

Apartándonos de su forma histórica, en toda sociedad el trabajo es el momento de intercambio con la naturaleza, es la actividad con la cual el hombre se apropia de su entorno y lo transforma para satisfacer sus necesidades básicas. En el proceso de trabajo interviene no sólo el trabajo del hombre sino también el objeto sobre el cual se realiza y los medios de trabajo, ambos brindados por la naturaleza. Además, Marx destaca las condiciones materiales que no suelen identificarse en el proceso productivo, pero sin las cuales éste no podría ejecutarse. De esas condiciones dependerá la productividad del trabajo y la producción de plusvalía. “Si prescindimos de la forma más o menos progresiva que presenta la producción social, veremos que la productividad del trabajo depende de toda una serie de condiciones naturales. Condiciones que se refieren a la naturaleza misma del hombre y a la naturaleza circundante. Las condiciones de la naturaleza exterior se agrupan económicamente en dos grandes categorías:

riqueza natural de medios de vida, o sea, fecundidad del suelo, riqueza pesquera, etc., y riqueza natural de medios de trabajo, saltos de agua, ríos navegables, madera, metales, carbón, etc.” (Marx, 2000: 429) [1].

En su Crítica del Programa de Gotha, Marx refuerza la idea de la naturaleza como parte fundamental de la producción de valores de uso y como primera fuente de medios y objetos de trabajo. La propiedad sobre la naturaleza es la que va a determinar que una parte de la humanidad, que no dispone de ella, deba entregar su fuerza de trabajo a quienes se han adueñado de esas condiciones materiales de trabajo. Se trata de una de las condiciones históricas para el surgimiento de la mercancía fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista que desarrollara en El Capital.

### **c) Separación hombre-naturaleza y campo-ciudad**

Desde los Manuscritos de 1844, Marx destaca que el trabajo alienado convierte a la naturaleza en algo extraño al hombre, en un “mundo ajeno”, “hostilmente contrapuesto al trabajador”. En el marco de la apropiación privada, existe una alienación respecto a la naturaleza donde los medios de vida y de trabajo no le pertenecen al trabajador y se le presentan como objetos externos. Por tanto, concluye en los Grundrisse: “Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la unidad del hombre viviente y actuante, [por un lado], con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza, [por el otro], y, por lo tanto, su apropiación de la naturaleza, sino la separación





entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en la relación entre trabajo asalariado y capital” (Marx, 2005: 449).

La unidad del hombre con la naturaleza no precisa explicación sino su separación. Esa separación es de carácter histórico y es la base sobre la que se asienta la relación capital-trabajo. El trabajador es separado de su “cuerpo inorgánico” al mismo tiempo que el producto de su trabajo se convierte en mercancía apropiada por el capitalista.

El proceso de expulsión de pequeños propietarios y de cercamiento de tierras comunales es el punto de partida de la acumulación originaria. Masas humanas pasan a engrosar las filas del proletariado urbano. Como bien señalan Bellamy Foster (2004) y Foladori (2001) no puede soslayarse el entendimiento que tiene Marx de la separación campo-ciudad consumada en el modo de producción capitalista. La agricultura capitalista se caracteriza por la gran propiedad, el despoblamiento rural y el hacinamiento urbano. Además de ser la causa fundamental de la polución y la depredación, quedan disociadas progresiva y radicalmente las fuentes de la producción de medios de vida y materias primas de los centros de consumo. Es la fractura del metabolismo social con la naturaleza.

#### **d) Degradación de la agricultura por el capital**

En el capítulo XIII de El Capital, afirma que el capitalismo degrada ambas fuentes de riqueza, el hombre y la tierra. Al contrario de lo que comúnmente se

cree, no sólo investigó las consecuencias de la explotación capitalista sobre el trabajo, sino que también comprendió el daño que el latifundio capitalista provoca sobre la vitalidad del suelo. La gran industria y la gran agricultura explotada industrialmente actúan en unidad, una devastando la fuerza de trabajo y otra degradando la fuerza natural de la tierra. El latifundio capitalista es la raíz de una fractura irreparable en el proceso interdependiente del metabolismo social. El concepto de metabolismo refiere a la interacción entre naturaleza y sociedad a través del trabajo humano y le permite a Marx “dar una expresión más sólida y científica de esta fundamental relación”, señala Bellamy Foster (2004: 245). Es una herencia de la química de Liebig, utilizado en la teoría de los sistemas en el complejo intercambio de los organismos con su medio, que Marx adecua al entendimiento del proceso del trabajo humano y de su fractura en el modo de producción capitalista [2].

El abordaje de la agricultura capitalista había tenido como primer blanco la crítica de la teoría de la superpoblación de Malthus y la teoría de la renta de Ricardo porque en ellas no se explicaba el cambio histórico en la fertilidad del suelo, es decir, la intervención del hombre en ella más allá de la productividad natural [3]. La mano del hombre puede ser tanto un factor de mejora como de degradación del suelo. En este marco, Foladori (1996) recupera la importancia de la teoría marxista de la renta capitalista del suelo como una aplicación de la ley del valor a aquella parte de la naturaleza que puede ser monopolizable.



Entrega elementos metodológicos para explicar la degradación del suelo y de los recursos naturales en general. La agricultura puesta al servicio del valor de cambio es la condición de posibilidad de que mayores inversiones de capital entreguen rendimientos económicos crecientes al tiempo que disminuyen la fertilidad natural del suelo. La obtención de ganancias extraordinarias es posible aún con rendimientos físicos decrecientes, hasta que en un momento dado sucede una crisis ecológica (Foladori, 2001).

Por otra parte, Engels en El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre planteaba que en el capitalismo lo que prima es siempre la inmediatez, el beneficio inmediato es el único fin del capitalista aislado, sin importar las consecuencias de la producción e intercambio. El capitalista produce sin tomar en consideración el posible agotamiento o degradación del recurso, ni siquiera para una potencial utilización por otros capitalistas.

### **e) Ampliación del sistema de necesidades y expansión del capital sobre la naturaleza**

En un clarificador pasaje de los Grundrisse, Marx da cuenta que la creación de plusvalía absoluta exige la ampliación constante de la esfera de circulación de mercancías. De manera que “la tendencia a crear el mercado mundial está dada directamente en la idea misma del capital”. La expansión capitalista supone una progresiva conquista de las formaciones anteriores y la abolición de la producción de “valores de uso directos”,

con el fin de someter la producción al intercambio. Por lo tanto, “el comercio ya no aparece aquí como función que posibilita a las producciones autónomas el intercambio de su excedente, sino como supuesto y momentos esencialmente universales de la producción misma”. A su vez, la creación de plusvalor relativo requiere la ampliación del consumo dentro de la esfera de circulación: cuantitativa, primero; cualitativa, segundo; y, por último, producción de nuevas necesidades, descubrimiento y creación de nuevos valores de uso. Con ese fin, el capital se lanza a “la exploración de la Tierra en todas las direcciones” en búsqueda de nuevas propiedades y nuevos objetos naturales. La naturaleza pierde su carácter divino y es objetualizada en función del provecho útil para la satisfacción de esas nuevas necesidades. Hacia allí se dirige el desarrollo de las ciencias naturales. “El capital crea así la sociedad burguesa y la apropiación universal tanto de la naturaleza como de la relación social misma por los miembros de la sociedad”. La fuerza “civilizadora” del capital destruye tanto las barreras nacionales como las tradicionales y las naturales para convertirse en la primera formación social de escala planetaria. La ampliación incesante del sistema de necesidades humano y la expansión sobre la naturaleza son inherentes al proceso de producción y reproducción capitalista (Marx, 2005: 359-362).

#### **f) Relación hombre-naturaleza en el comunismo**

Marx evitó anticiparse al movimiento real existente y



son pocas las oportunidades en las cuales se pronunció sobre las características de una sociedad futura. No obstante, en los Manuscritos de 1844 hace alusión al comunismo como la “verdadera solución del conflicto que el hombre sostiene con la naturaleza y con el propio hombre” (Marx, 2004: 142). En cuanto superación positiva de la propiedad privada, el comunismo es, también, superación de la alienación del hombre con respecto a la naturaleza. Para Marx, la sociedad comunista “es la unidad esencial plena del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo consumado del hombre y el humanismo consumado de la naturaleza” (Marx, 2004: 144).

Esa concepción de juventud mantiene una continuidad en El Capital, donde adelanta la definición del concepto contemporáneo de “sustentabilidad”, en cuanto a la transferencia intergeneracional de la tierra: “Considerada desde el punto de vista de una formación económica superior de la sociedad, la propiedad privada de algunos individuos sobre la tierra parecerá algo tan monstruoso como la propiedad privada de un hombre sobre su semejante. Ni la sociedad en su conjunto, ni la nación ni todas las sociedades que coexistan en un momento dado, son propietarias de la tierra. Son, simplemente, sus poseedoras, sus usufructuarias, llamadas a usarla como boni patres familias (buenos padres de familia) y a transmitirla mejorada a las futuras generaciones” (Marx, 2000: III, 720).

Es interesante observar los rasgos de continuidad en la obra de Marx cuando establece que aquella formación

económica superior debería estar fundada en una asociación de productores. Dicha “asociación” reconstruiría la unidad esencial plena del hombre con la naturaleza, en su formulación de juventud [4], o el “hombre socializado” recompondría la fractura metabólica, en su enunciación posterior [5]. Se desprende de la lectura realizada la insistencia en la eliminación de la propiedad privada y en la disolución de la contradicción entre la ciudad y el campo como condiciones elementales para armonizar al hombre con la naturaleza.

### **3) Críticas ecologistas al marxismo**

A medida que progresan las problemáticas ambientales en la segunda mitad del siglo XX, se desarrollan versiones ecológicas de la economía. Buena parte de sus mentores se ocuparon de criticar la carencia de una preocupación ecológica por parte de Marx. Pese a los aportes que hemos discutido en el punto anterior, existen posturas que rechazan cualquier derivación de la teoría marxista hacia este campo: “... si bien Marx y Engels se mostraron, en ocasiones, preocupados por problemas ecológicos o medioambientales, tales preocupaciones no tienen cabida en su visión global de lo económico y sus formulaciones no aportan el aparato teórico y conceptual que exigiría el análisis de tales problemas” (Naredo, 1987: 174).

Una afirmación más extrema refiere a que “Marx y Engels tuvieron la oportunidad de estudiar el primer intento de marxismo ecológico y que no la aprovecharon” (Martínez Alier/Schlupmann, 1992: 275). Inútil sería advertir el inconveniente que suscita definir a



Marx como el primer marxista, así como la pretensión de un “ismo” ecologista para sus mismos mentores. Saliendo de este atolladero gramatical, expondremos algunas críticas que Naredo (1987) Martínez Alier y Schlupmann (1992), Cuerdo Mir y Ramos Gorostiza (2000) realizaron desde la Economía Ecológica [6].

### **a) Separación valor de uso/valor de cambio**

Marx no sólo habría desvinculado “radicalmente” valores de uso de valores de cambio, sino que se habría focalizado en estos últimos. Por consiguiente, situó a la economía fuera del mundo material y contribuyó a afianzar la ruptura que los economistas clásicos hicieron entre lo físico y lo económico (Cuerdo Mir/Ramos Gorostiza, 2000).

Este señalamiento parte de una concepción errónea de la teoría del valor desarrollada por Marx en *El Capital*. Su teoría es una teoría crítica, una crítica de la economía política clásica. La separación entre valor de uso y valor de cambio no está determinada por la voluntad de Marx sino por la forma sociohistórica que adoptan los productos del trabajo en una estructura mercantil basada en el intercambio entre productores privados independientes y en la división social del trabajo. Lo que debe ser explicado no son los valores de uso en cuanto objetos que satisfacen necesidades humanas en cualquier etapa histórica sino la forma mercantil que adoptan bajo aquellas condiciones y que adquieren un valor en relación a otras mercancías. El valor de cambio no es más que la manifestación de la igualdad abstracta establecida entre al menos dos

mercancías. El foco de Marx pasa por el valor y por el develamiento de la cosificación de las relaciones sociales de producción, el fetichismo de la mercancía. Lejos de tratarse de una debilidad, es una de las fortalezas de la teoría marxista. Recordemos, además, que el punto de partida de Marx es el trabajo al mismo tiempo que la naturaleza para explicar la producción de riqueza.

### **b) Desinterés por la energía disipada**

Calcular el grado de eficiencia en términos de disipación o fijación de energía de cada proceso productivo, es una de las orientaciones de la Economía Ecológica. Vista desde el metabolismo socioeconómico, la economía es un sistema abierto a la entrada de energía y salida de calor disipado. El segundo principio de la Termodinámica [7] postula que la cantidad de entropía [8] del Universo tiende a incrementarse con el tiempo tendiendo a la disipación de energía. Según algunos ecologistas, Marx y Engels habrían rechazado esa ley “por considerarla incompatible con su visión del progreso humano e interpretar que tenía implicaciones religiosas” (Cuerdo Mir/Ramos Gorostiza, 2000).

Serge Podolinsky era un socialista ucraniano que planteó la posibilidad de analizar la explotación capitalista a partir de un estudio del flujo de la energía en la agricultura. Su conclusión fue que la productividad aumentaba cuando había una contribución de trabajo humano incrementando la acumulación de energía en la Tierra y que la cantidad de energía acumulada en los productos del trabajo es mayor a la necesaria para la



reproducción de esa fuerza de trabajo. Desde la Economía Ecológica se suele criticar a Marx por un supuesto desinterés en estas cuestiones debido a que no contestó las cartas que le envió Podolinsky. El que opina sobre la cuestión es Engels [9], quien plantea que “su verdadero descubrimiento es que el trabajo humano tiene el poder de fijar la energía solar sobre la superficie de la tierra permitiendo que su acción dure más de lo que duraría sin él. Todas las conclusiones económicas que deduce de esto son equivocadas”. Además, plantea que en la industria es imposible todo cálculo energético por lo cual sería “imposible expresar las relaciones económicas en magnitudes físicas”. Engels concluye su comentario diciendo que Podolinsky “ha tomado caminos equivocados porque estuvo tratando de encontrar en la ciencia de la naturaleza una nueva demostración de la verdad del socialismo, y con ello ha confundido la economía con la física” (Marx/Engels, 1973: 33-333).

Bensaïd (2003) plantea que las razones de Engels en su crítica al ucraniano son de dos órdenes: una ideológica y otra epistemológica. La razón ideológica se enmarca en las discusiones de la época sostenidas con el malthusianismo y las visiones apocalípticas con respecto al futuro de la humanidad. La razón epistemológica tiene que ver con el intento que realiza Podolinsky de justificar el socialismo a partir de pruebas científicas: “La lucha de clases nunca es reductible a una querrela de expertos, que intervienen para abogar por la inocencia de la técnica” (2003: 489).

### **c) Ruptura con el ideario romántico**

Se remarca una ruptura en la obra de madurez de Marx con las ideas del Romanticismo en relación a la búsqueda de armonía con la naturaleza. Si se define “la visión romántica del mundo como una crítica generalizada de la civilización industrial (burguesa) moderna en nombre de ciertos valores sociales y culturales precapitalistas” (Löwy, 1990: 87), es posible y hasta positivo para Cuervo Mir y Ramos Gorostiza rastrear en los escritos de juventud de Marx ese ideario. En cambio, en su obra posterior Marx habría quedado preso de una ideología del progreso continuo de la humanidad mediante la ciencia, la técnica y el trabajo. Sin embargo, hemos verificado en *El Capital* una apreciación inequívoca sobre la destrucción capitalista tanto de la fuerza de trabajo como de la tierra. Su crítica dejó de ser abstracta para tomar un carácter científico con el fin de descubrir los distintos mecanismos de explotación y obtención de plusvalía.

### **d) Ausencia de una definición de recursos naturales agotables**

Otra de las críticas ecologistas hacia el marxismo se relaciona con el agotamiento de los recursos naturales. Martínez Alier y Schlupmann (1992) remarcan la ausencia de un análisis de la reproducción o sustitución de los medios de producción utilizados en una economía basada en recursos agotables, con lo cual no se ponen en consideración la existencia de límites en la

“reproducción simple” ni en la “reproducción ampliada”. Así, en Marx el tratamiento de los recursos naturales habría sido más ricardiano que ecológico, centrado en la distribución de la renta más que en el agotamiento y contaminación que no se reflejan a tiempo en los precios. No existiría una preocupación por la asignación intertemporal de los recursos agotables. Sin embargo, cabría preguntarse hasta qué punto podemos esperar que Marx problematizara una situación que no fue visible hasta muchos años después.

De todas formas, cabe destacar que en la carta de Engels a Marx sobre el asunto Podolinsky se advierte una preocupación por el despilfarro de energía y reservas naturales. Asimismo, en otra carta, Marx [10] realizaba un comentario elogioso de los estudios de Karl N. Fraas [11], quien según él habría demostrado que, como resultado del cultivo, y en proporción a su intensidad, desaparece la ‘humedad’, tan deseada por el campesino, y empieza así la formación de estepas. Agrega Marx que el cultivo sin control, y acompañado de deforestación, puede dejar tras de sí desiertos (Marx/ Engels, 1973: 199).

### **e) Progreso indefinido de las fuerzas productivas**

Uno de los aspectos de la obra de Marx que ha sido el más criticado por el ambientalismo es el desarrollo indefinido de las fuerzas productivas. De allí se derivan las más aferradas etiquetas acusatorias: “modernista” y “productivista”. Martínez Alier y Schlupmann plantean que “los marxistas posteriores deberían haber

modificado la noción de “fuerzas productivas” a la luz de la crítica ecológica de la ciencia económica, pero han existido obstáculos epistemológicos (el uso de categorías de la economía política clásica) e ideológicos (la perspectiva de una transición al comunismo en dos etapas) que lo han impedido” (1992: 276). Bensaïd responde afirmando que la noción de fuerzas productivas no constituye en Marx “un factor unilateral de progreso, independientemente de su imbricación concreta en un modo de producción dado. Pueden tanto enriquecerse con conocimientos y formas de cooperación social nuevas como negarse a sí mismas mudándose en su contrario, en fuerzas destructivas” (2003: 474).

En artículos que Marx escribiera en 1853 sobre la dominación británica en la India es donde rastreamos su versión más modernista, una visión occidental y evolutiva de los procesos sociales. En ellos, a pesar de denunciar las miserias a las que Inglaterra estaba sometiendo al pueblo hindú, concluye que ese es un paso necesario dentro del desarrollo de las fuerzas productivas, y que la introducción de valores burgueses e infraestructura capitalista dentro de la “atrasada” sociedad hindú son una “revolución social”. Aquí les otorga una gran importancia a las condiciones de producción, en especial a las obras de infraestructura que modernizan la estructura productiva.

Por otra parte, en el Manifiesto Comunista, se puede vislumbrar una cierta concepción evolucionista de la historia [12]. En el mismo se describe el papel revolucionario de la burguesía en la historia en cuanto al

progreso de las fuerzas productivas y al sometimiento de la naturaleza. Con todo, es una imagen que podemos contraponer a otros pasajes señalados anteriormente y que exhibe las hendiduras de una obra monumental pero no por ello monolítica.

Por último, según sus críticos, Engels habría dado cuenta de una lógica productivista e instrumental con respecto a la naturaleza cuando planteaba que: “El hombre al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza” (Engels, 1973a: 102).

#### **4) Las aventuras del marxismo ecológico**

Habiendo realizado una revisión de las críticas ecologistas, haremos un breve recorrido por aquello que consideramos son los elementos fundamentales para sentar las bases del ME. A lo largo de la tradición marxista encontramos autores que problematizaron la relación de la sociedad capitalista y la naturaleza, y que esbozaron algunas concepciones premonitorias sobre una crisis ecológica causada por la misma.

En el siglo XIX, además de Podolinski, podemos referirnos a William Morris [13], considerado el primer ecosocialista. En la década de 1920, durante los primeros años de la revolución rusa, investigadores soviéticos como D. N. Kasharov [14], Vladímir I. Vernadski [15], Georgii Gause y Vladimir Stanchisky se interesaron por los estudios de la ecología, pero fueron interrumpidos por el stalinismo. Algunos de esos pensadores fueron perseguidos, encarcelados y sus ideas permanecieron

ocultas largo tiempo. Eso sucedió con Nikolai Bujarin, “el muchacho de oro de la revolución”, cuyos escritos ecológicos fueron escondidos por Stalin luego de su ejecución en 1938. Una línea de pensamiento que habría contribuido a la transformación del modo de vida fue aplastada por la burocracia soviética, enrolada en el productivismo y la industrialización acelerada. Asimismo, Bensaïd cita al economista austríaco Julius Dickman quien ya había observado en la década de 1930 el “estrechamiento de la reserva de los recursos naturales” debido al desarrollo “irreflexivo” de las fuerzas productivas bajo el capitalismo en detrimento de sus “condiciones de reproducción permanente”, minando las condiciones mismas de existencia humana (2003: 499).

Más notorio fue el trabajo de Walter Benjamin, quien cuestionó la idea del progreso y la noción lineal y mecánica de la historia. La idea de revolución cobraba otro sentido para él: “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren” (2007: 49).

Más cerca en el tiempo, nos interesa destacar a James O’Connor (2001), quien parte del concepto condiciones de producción del capital. Se trata de todo aquello que compone el marco de la producción capitalista y que no es producido como una mercancía, aunque es tratado como si lo fuera. Uno de sus componentes es la naturaleza. La propia explotación capitalista puede generar problemas de agotamiento o encarecimiento de

esas condiciones y es cuando se pone en juego una crisis de subproducción. Por lo tanto, O'Connor considera la relación con la naturaleza como la segunda contradicción del capital.

En otra contribución significativa, David Harvey (2007) introduce el concepto acumulación por desposesión para dar cuenta de la persistencia de los mecanismos depredadores, violentos y/o fraudulentos del capitalismo que Marx y el marxismo adjudicaban a una etapa primitiva u originaria.

En relación a la continua expansión del capital sobre la naturaleza, es sugerente el concepto subsunción real de la naturaleza al capital (Sabbatella, 2010). El régimen capitalista no sólo incluye a la naturaleza, sino que también la subordina a los designios de la producción de plusvalor.

Como respuesta a la crisis ecológica causada por el capitalismo, surge un movimiento político que pretende reformular la visión tradicional del socialismo. Michael Löwy y Joel Kovel lanzaron un Manifiesto Ecosocialista en donde plasman algunas ideas que aquí trabajamos en un programa de acción política. Para Löwy, el ecosocialismo es una alternativa civilizatoria radical que opone al progreso destructivo capitalista “una política económica basada en criterios no monetarios y extraeconómicos: las necesidades sociales y el equilibrio ecológico” (Löwy, 2010).

Aunque no podremos avanzar aquí en sus respectivas contribuciones al ME, cabe mencionar a otros pensadores como André Gorz [16], Alfred Schmidt [17], Wolfgang Harich [18], Manuel Sacristán [19], Ted Benton

[20], Barry Commoner [21], Paul Burkett [22] y Elmar Altvater [23]. Son muchos los nombres y probablemente hayamos incurrido en omisiones importantes, pero en ese caso estaríamos más cerca aún de comprobar que no hay tal divorcio entre el marxismo y la ecología. Es necesaria una mayor sistematización que instituya un cuerpo teórico más robusto y, en ese sentido, el presente artículo representa apenas un primer peldaño.

## **5) Reflexiones finales**

Hemos constatado fehacientemente que el mundo natural es uno de los puntos de partida en la teoría de Marx. No obstante, en el desarrollo posterior adquiere un carácter fragmentario y secundario respecto a la contradicción fundamental del modo de producción capitalista entre capital y trabajo. Tampoco podemos desconocer cierto optimismo en relación al desarrollo de las fuerzas productivas y la inexistencia de límites naturales. Por tanto, una traducción automática de Marx a la ecología contemporánea no alienta un conocimiento e investigación sobre los nuevos problemas ecológicos. La degradación de la tierra producto del mismo sistema capitalista había sido adelantada en numerosos pasajes de su obra, pero la misma no es suficientemente esclarecedora de las consecuencias que traen aparejados el agotamiento de otros bienes naturales y la contaminación ambiental.

Nuestra propuesta de trabajo se dirige, entonces, a abrir nuevos campos de investigación a partir de una



concepción materialista de la naturaleza, cuyo pilar básico sea el estudio las relaciones sociales de producción y reproducción capitalistas. A tal fin, es necesario recuperar la fortaleza de la ley del valor, del fetichismo de la mercancía y del trabajo alienado. Son los elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica en la edificación del aparato conceptual del ME, el cual debe ser ampliado, complementado y/o profundizado por los aportes contemporáneos en el marco de la crisis ecológica sin precedentes que atraviesa la humanidad. En ese sentido, el ecosocialismo se presenta como la nueva corriente política para el siglo XXI.

No queremos encontrar todas las respuestas en Marx, sino en la reconsideración y reformulación de sus categorías. No es nuestro interés un “Marx verde” sino un Marxismo Ecológico. No pretendemos hacer hablar a Marx sobre el cambio climático o sobre el régimen energético capitalista basado en combustibles fósiles, sino reapropiarnos de la crítica de la economía política para facilitar la crítica de la economía-política-ecológica.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Bellamy Foster, J., La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza, El Viejo Topo, Mataró, 2004.

Benjamin, W., Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos, Ed. Piedras de Papel, Buenos Aires, 2007.

Bensaid, D., Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica, Herramienta, Buenos Aires, 2003.

Cuerdo Mir, M. y Ramos Gorostiza, J. L., Economía y Naturaleza. Una historia de las ideas, Síntesis, Madrid, 2000.

Engels, F. (1973a), Del socialismo utópico al socialismo científico, Ateneo, Buenos Aires, 1973 [1973a].

—, El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre, Ateneo, Buenos Aires, 1973 [1973b].

Foladori, G., “La cuestión ambiental en Marx”, Ecología Política, 12 (1996), pp. 125-138, Barcelona.

—, “O metabolismo com a natureza”, en Crítica Marxista, 12 (2001), pp. 105-117. São Paulo: Boitempo. Publicado en español en [www.marxismoecologico.blogspot.com](http://www.marxismoecologico.blogspot.com).

Harvey, D., El nuevo imperialismo, Akal, Madrid, 2007.

Kovel, J., El enemigo de la naturaleza. ¿El fin del capitalismo o el fin del mundo?, Asociación Civil Tesis 11, Buenos Aires, 2005.

Leff, E., Ecología y Capital, Siglo XXI, México, 2003.

Löwy, M., “La crítica marxista de la modernidad”, Ecología Política, 1 (1990), pp. 87-94.

Löwy, M., Ecosocialismo, hacia una nueva civilización,

en [www.marxismoecologico.blogspot.com](http://www.marxismoecologico.blogspot.com); consultado el 1/10/2010.

Martínez Alier, J. y Schlupmann, K., *La ecología y la economía*, FCE, Madrid, 1992.

Marx, K., *Crítica del programa de Gotha*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1979.

—, *El Capital. Crítica de la economía política*, FCE, México, 2000.

—, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Colihue, Buenos Aires, 2004.

—, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, borrador 1857-1858, Siglo XXI, México, 2005.

— y Engels, F., *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires, 1973.

—, *Manifiesto comunista*, Prometeo, Buenos Aires, 2003.

Naredo, J. L., *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

O'Connor, J., *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, Siglo XXI, México, 2001.

Sabbatella, I., "Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza", *Revista Iconos (Flacso Ecuador)*, 36 (2010), pp 69-80.

Van Hauwermeiren, S., *Manual de economía ecológica*, Programa de Economía Ecológica, Instituto de Economía Ecológica, Santiago, 1998.

Vedda, M., "Introducción", en Marx, Karl, *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844*, pp. vii-xli.

## NOTAS

[1] James O'Connor desarrolla en profundidad el concepto de condiciones de producción basándose menos en este pasaje de El Capital que en los Grundrisse.

[2] Bellamy Foster destaca que “el concepto de metabolismo, con sus nociones asociadas de intercambios materiales y acción reguladora, le permitía expresar la relación humana con la naturaleza como una relación que incluía las “condiciones impuestas por la naturaleza” y la capacidad de los seres humanos para afectar este proceso [...] y le proporcionaba a Marx un modo concreto de expresar la noción de la alienación de la naturaleza (y su relación con la alienación del trabajo), que era fundamental en su crítica a partir de sus primeros escritos” (2004: 245).

[3] Al respecto, Marx habría sido más influido por el economista político escocés James Anderson quien atribuyó la existencia de una renta diferencial principalmente a los cambios históricos en la fertilidad del suelo (Bellamy Foster, 2004).

[4] “La asociación, desde el punto de vista de la economía política, aplicada a la tierra y el suelo, divide la ganancia del latifundio y es la primera en realizar la tendencia originaria de la división, a saber, la igualdad, porque ella produce la relación afectiva del hombre con la tierra de manera racional y ya no mediada por la servidumbre, la dominación y la mística estúpida de la propiedad, en tanto que la tierra deja de ser un objeto de mercantilización y se convierte nuevamente,

mediante el trabajo y el goce libres, en una propiedad del hombre verdadera y personal (Marx, 2004: 101).

[5] “La libertad en ese terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza, poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana” (Marx, 2000: III, 759).

[6] La Economía Ecológica es “una crítica ecológica de la economía convencional, [...] nuevo enfoque sobre las interrelaciones dinámicas entre los sistemas económicos y el conjunto total de los sistemas físico y social” (Van Hauwermeiren, 1998). Esa corriente académica interdisciplinaria suele ser definida como “la ciencia de la gestión de la sustentabilidad” ya que estudia al sistema económico como un sistema abierto en relación con el sistema natural y los flujos de energía. Su crítica se fundamenta en el estudio de los límites ecosistémicos del desarrollo económico. Algunos de sus principales referentes son Nicholas Georgescu-Roegen, Herman E. Daly, Joan Martínez Alier y José Manuel Naredo.

[7] La Termodinámica es una rama de la Física que estudia los intercambios y transformaciones de energía en forma de calor.

[8] Mediante el concepto de entropía, el cual mide el grado de orden o desorden de un sistema, la termodinámica postula la irreversibilidad de los

procesos de utilización de la energía.

[9] En una carta dirigida a Marx el 19 de diciembre de 1882 (¡tres meses antes de la muerte de Marx...!)

[10] Carta de Marx a Engels del 25 de marzo de 1868.

[11] Botánico alemán (1810-1875) La obra a la que se refiere Marx es El clima y el mundo vegetal a través de los tiempos, una historia de ambos (1847).

[12] Cabe destacar que, al estudiar, en sus últimos años, la realidad de Rusia a partir de un intercambio epistolar con Vera Zasúlich, Marx planteó la posibilidad de un desarrollo alternativo al occidental para ese país. De este modo, esa concepción lineal de la historia no era aplicada por Marx a cualquier situación, sino que dependía del medio en que se desarrollara.

[13] William Morris (1834-1896). Inglés. Su crítica al capitalismo industrial se basaba en la idea de "trabajo inútil", es decir, la "producción de una cantidad ilimitada de tonterías inútiles", lo más barato posible, "para ser vendidas y no para ser utilizadas" (Cuerdo Mir/Ramos Gorostiza, 2000: 88).

[14] Kasharov dirigió un Instituto de enseñanza de Ecología, publicó el primer manual de ecología para la enseñanza ("Ambiente y comunidades") y colaboró en la publicación de la primera revista soviética de ecología.

[15] Vernadski desarrolló en 1926 el concepto de biosfera. Hizo hincapié en el creciente deterioro del medio ambiente, el cual únicamente podría revertirse mediante un cambio en los hábitos dietéticos y la forma de utilización de la energía.

[16] Gorz, A., "Ecología y libertad" (1977); "Ecología

como política" (1979). Planteó el vínculo que existe entre crisis ecológica y crisis de la sobreacumulación, realizando una fuerte crítica al consumismo y el productivismo.

[17] Cf. Schmidt, A., "El concepto de naturaleza en Marx" (1983).

[18] Cf. Harich, W., "¿Comunismo sin crecimiento?" (1978).

[19] Cf. Sacristán, M., "Algunos atisbos político-ecológicos de Marx" (1984).

[20] Cf. Benton, T., "The greening of Marxism" (1996).

[21] Cf. Commoner, B., "The Closing Circle: Nature, Man, and Technology" (1971).

[22] Cf. Burkett, P., "Marx and Nature: A Red and Green Perspective" (1999).

[23] Cf. Altvater, E., "¿Existe un marxismo ecológico hoy?" (2003).



# ¿Por qué se debe considerar al marxismo ecológico en la era del capitaloceno?\*

*Alejandro Escalera-Briceño\*\*, Manuel Ángeles-Villa\*\*\* y Alejandro Palafox-Muñoz\*\*\*\**

## Antecedentes

La irrupción de fuertes movimientos de protesta contra la crisis ambiental en las décadas de los 60 y 70 del siglo XX fue, sin dudas, la manifestación y reflejo de la crisis de un tipo de conocimiento que había construido un mundo insustentable (Leff 2011, 7). La promulgación del Día Mundial de la Tierra, el 22 abril de 1970 por el presidente estadounidense Richard Nixon, provocó diversas reacciones, como recuerda el geógrafo inglés David Harvey (1996) en un libro ya clásico. La revista empresarial Fortune publicó un ejemplar que mostraba el surgimiento de la preocupación sobre el ambiente, en particular por trascender la cuestión de clase. Ese mismo

---

\* **Fuente:** Revista Letras Verdes (22/02/2018)

\*\* México. Licenciado en Sistemas Comerciales, Maestro en Gestión Sustentable del Turismo y Doctorando en Desarrollo Sostenible en la Universidad de Quintana Roo (CONACyT-PNPC). Correo: escalera2482@gmail.com

\*\*\* México. Licenciado en Economía, Maestro en Economía y Doctorado en Relaciones Transpacíficas. Profesor Investigador de Tiempo Completo en la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Correo: manan@uabcs.mx

\*\*\*\* México. Licenciado en Turismo, Maestro en Estudios Turísticos y Doctorado en Ciencias Ambientales. Profesor Investigador de Tiempo Completo en la Universidad de Quintana Roo. Correo: alejandro.palafox.munoz@gmail.com

**Fecha de recepción:** 13 de junio de 2017.

**Fecha de aceptación:** 15 de enero de 2018.



día, Harvey presenció en el campus de su universidad (Johns Hopkins) manifestaciones en favor de un ambiente sano por parte de un estudiantado mayormente blanco y de clase media alta. Más tarde, tuvo ocasión de escuchar en un club de jazz las quejas de la población negra que rodea a la universidad sobre la falta de empleo y de vivienda adecuada, la discriminación racial, etc. Quejas que culminaron con la afirmación de que el problema era Nixon, y el sistema que él - y Fortune- representaban. La argumentación de Harvey va en el sentido de que la elusión de las clases favorece a los intereses del capital y que, en efecto dos clases sociales diferentes - la clase media y los habitantes negros pobres de Baltimore - visualizaban el problema de maneras distintas. La clase sí importa.

De la preocupación sesentera por el entorno emergió una conciencia ambientalista que abarcó los ámbitos científicos y de política, a la vez que muchas disciplinas de tradición positivista se volcaron al estudio de la problemática ecológica. Con el objeto de recomponer el proyecto moderno de civilización, se proponían soluciones a través de modelos funcionalistas y mecanicistas de las diversas áreas del conocimiento (Eschenhagen 2015). Estas abarcaban las ciencias de la vida, las ciencias duras y en particular, la economía, dentro de la que florecieron la economía ambiental y la economía ecológica.[1]

En esa disyuntiva, la tradición positivista parecía ser la más apta para enfrentar la crisis ambiental, con la consigna (como secreto a voces) de la necesidad de

continuar sosteniendo la racionalidad económica. En el sistema capitalista, el desarrollo de las fuerzas productivas tiene como base el dominio de la naturaleza a través de la tecnología para la reproducción del capital (Leff 2003a). La estructuración de esta racionalidad productiva es posible porque – se plantea – el ser humano, como agente racional (empresario, consumidor), de manera que actúa individualmente, sin sentimientos, ni valores extrínsecos, ignorando las relaciones de los demás seres humanos (Aguilera 2015). Las relaciones del individuo emprendedor/consumidor con la naturaleza de la cual dependen se dan en un marco en el que, como afirma Altvater (2006, 342) “la escasez es el punto central, problema que se solventa por la aplicación irrestricta de los mecanismos del mercado”.

Por consiguiente, surgieron nuevas formas para reconocer el desequilibrio ecológico, tratando de comprender el problema desde una visión compleja e integral y, que, a partir de ahí, articulan epistemologías orientadas hacia un pluralismo metodológico (Delgado 2015a). De especial relevancia para el presente texto es que la economía empezó a ser comprendida de distintas formas. Aguilera (2015) menciona dos: (i) la economía como mejora material (incremento en “calidad de vida”) y, (ii) la economía al servicio del ser humano (humanización de la economía). La primera, cuyo corpus teórico es dominante, impone un comportamiento micro y macroeconómico basado en el modelo del flujo circular de la economía en un sistema cerrado. Por lo tanto, modelos económicos se asientan en las “preferencias del

consumidor”, los valores monetarios basados en la oferta y la demanda, el libre mercado, el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), la flexibilización de la fuerza de trabajo, la maximización de beneficios, etc. En el ámbito ecológico, tales modelos conllevan el uso desregulado (y desmedido) de la naturaleza (Aguilera 2015). Si bien admiten “fallas” de mercado o “externalidades”, estas se resuelven con más mercado, mediante la valoración económica de la naturaleza y la “internalización de las externalidades” (Altvater 2006, 343).

Por su parte, la humanización de la economía, o racionalidad social, se acompaña de una constante “coproducción” del conocimiento (Delgado 2015b). En esta no se distingue por ser un sistema cerrado, más bien, el ser humano comprende las relaciones con su entorno (la naturaleza externa). La ruptura con la economía neoclásica es inminente porque se encuentra distanciado del mejoramiento de vida del ser humano, aún con el capitalismo verde a pesar del impulso del modelo de “desarrollo sustentable”, que es desigual en cuanto a quiénes pueden usar los recursos naturales, bajo qué condiciones y, cómo se usan (Leff 2003a). La racionalidad social va más allá de la implementación de un modelo que se idea para ser la panacea o racionalidad universal con la sustentabilidad, esta última imponiéndose como la ciencia contemporánea más avanzada (Toledo 2015).

Se trata pues, de construir otra visión de la sustentabilidad que no tiene relación con el poder tecnocrático (Eschenhagen 2015). Por este motivo,

Toledo (sin ser el único) propone visiones alternativas al ambientalismo ortodoxo o el capitalismo verde, fundamentadas en valores éticos. Es decir, relaciones sociales que obedezcan a procesos propios e históricamente determinados. En respuesta a este tipo de llamado podría surgir la sociedad civil como fuerza transformadora, la “sustentabilidad con poder social”, que vendría a desmarcarse de la democracia formal. Este tipo de conformación podría ser una alternativa al tipo de organización moderno – la “democracia” liberal –, porque se enclava en una fuerza emancipadora que podría superar la crisis civilizatoria erradicando la dominación y la explotación, con las “otredades” como mundos alternos (Toledo 2015).[2]

Sin embargo, en prácticamente todo el planeta el modo de producción capitalista sigue siendo actor principal de las relaciones socioeconómicas al nivel global, nacional y local. Las dinámicas de acumulación de capital se reproducen en cualquier rincón del mundo y generan enormes transformaciones en las sociedades humanas y del medio natural, como parte de un complejo proceso de destrucción creativa a escala mundial (Harvey 2004). Así, la urbanización capitalista es causa principal de la erosión de los suelos, la pérdida de fertilidad de las tierras, la destrucción de la capacidad de producción de los ecosistemas, el agotamiento de los recursos naturales y el cambio climático (Leff 2003a; Felli 2016; Davis 2006). En un mundo de megalópolis y grandes “ciudades miseria” (Davis 2006) se vuelve indispensable reconocer y

estudiar con atención el fenómeno de la “urbanización planetaria” (Lefebvre 1989) que, tiene como fin producir espacios (ciudades) para continuar con la reproducción de las relaciones sociales y productivas del sistema.

La estructura del trabajo es como sigue. En el próximo apartado se presenta un selectivo “estado del arte” de las corrientes no marxistas que estudian las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, con especial atención a la economía ecológica (en sus vertientes conservadora, crítica y radical) y a la ecología política, en las voces principalmente de Joan Martínez-Alier y de Víctor Manuel Toledo Manzur. En la siguiente sección, en el afán de proponer al marxismo ecológico como una alternativa viable y robusta a las dos corrientes anteriores, se realiza un apretado recorrido cronológico de sus principales enunciados constitutivos, desde el propio Marx hasta los debates actuales entre Bellamy Foster y Jason Moore. Se consigna que, el capitaloceno como era portadora trae consigo enormes amenazas al planeta, a la especie humana y al propio capitalismo, por lo cual emerge un marxismo ecológico a partir de una fusión de los elementos pertinentes de diversas corrientes[3], por lo que ofrece una provechosa lectura del crisol de contradicciones del capitalismo avanzado.

### **Las disciplinas híbridas de la economía ecológica y la ecología política**

En los años 70 se dio una situación esperanzadora pro- ambiente, en sentido de aparecer un buen número

de obras por economistas con visión ecológica. El libro de Schumacher ([1973] 2011) *Lo pequeño es hermoso*, gozó de gran aceptación entre los ambientalistas porque cuestionó la racionalidad económica con la metáfora que lo pequeño no solo es defendible, sino preferible, para el bien del entorno y la humanidad. Empezó a conformarse una masa crítica de economistas empeñados en construir corpus teórico que debatiera el crecimiento económico y fortaleciera al programa de investigación de la economía ecológica, destacando entre otros a Kenneth Boulding y Nicholas Georgescu-Roegen.[4] Consecuentemente, se conformó la economía ecológica (EE) con un enfoque holístico sobre las interrelaciones entre la sociedad y la naturaleza. Del marco original se han desprendido distintas EE. Como es el caso en muchas disciplinas híbridas, la EE carece de una definición precisa (Ropke 2005). Barkin, Fuente y Tagle (2012, 6) consignan que en la actualidad la disciplina aglutina tres visiones distintas: (i) la EE conservadora, (ii) la EE crítica, y (iii) la EE radical. Cada una de ellas esgrime paradigmas diferentes, con enfoques metodológicos, herramientas y conceptos distintos de la compleja relación entre la sociedad y la naturaleza.

La EE no pretende ser considerada una ciencia normal, en tanto que incluye abordajes que van desde el positivismo (con el desarrollo sustentable Brundtland) hasta los saberes de comunidades originarias que empatan con las conceptualizaciones del posdesarrollo. Las propuestas de esta última corriente de pensamiento crítico reivindican la valorización de las culturas

vernáculos y renuncian al conocimiento de expertos y apuntan a la gente común – mayormente los pueblos originarios – para la construcción de prácticas y modos de vida que supervaloren la naturaleza (Escobar 2005). A partir de conceptualizaciones afines a este enfoque se entreteje una EE “desde abajo”. En esa construcción Víctor Toledo (2008) emplea conceptos derivados de sus teorizaciones del metabolismo social con enfoque rural desde una óptica territorial. El fin del metabolismo rural es construir una economía solidaria con el poder social de las comunidades, de tal suerte que, aun cuando las comunidades pequeñas puedan experimentar dificultades al tratar de anclarse en circuitos metabólicos más complejos, al buscar relaciones distintas al de la racionalidad económica (Toledo 2008).

Un segundo campo de conocimiento híbrido, merecedor de especial mención es la Ecología Política (EP), que en la actualidad se relaciona con los conflictos ecológico-distributivos de diversa índole, generalmente en el ámbito rural. Según Leff (2003a), la EP apareció en la década de los 80 del siglo pasado. Gian Carlo Delgado (2013, 51) sitúa sus orígenes una década atrás, con un trabajo de 1972 del antropólogo Eric Wolf. En la bibliografía anglosajona figuran como precursores Richard Peet, Anthony Bebbington y otros autores más, emanados de la geografía radical de los 70 (Peet 1998). En general, se visualizaba entonces a la EP como la forma de introducir el ambiente dentro de la economía política, con el fin de mantener una relación con la explotación capitalista, característica que se

materializaba con el trabajo sobre la naturaleza y el trabajo humano (Durand, Figueroa y Guzmán 2011).

De ahí se desprende una EP que se opone a la lógica capitalista, enfocándose en el eje de la acumulación de capital, las relaciones desiguales entre capitalistas y asalariados (a todas las escalas) y el consiguiente subdesarrollo/desarrollo desigual. Más adelante, Martínez-Alier (1990) promueve una EP orientada a los conflictos ecológico- distributivos (el ecologismo de los pobres), subrayando el hecho, a todas luces evidente, de que no todos los seres humanos son afectados por igual en el uso del ambiente natural. En tal sentido, se acerca a la EE crítica porque demuestra que los conflictos ecológico-distributivos pueden ser explicados o previstos por los indicadores físicos de (in) sustentabilidad (Martínez-Alier 2004).

Como es el caso con la EE, la EP tiene distintas aristas. Hay una corriente que surge del posestructuralismo (Hollis 1994) con el advenimiento de la posmodernidad (Harvey 1990), que aduce una forma distinta de pensar sobre la naturaleza, tratando ante todo de eliminar la separación cartesiana entre el ser humano y la naturaleza para establecer una comprensión de la naturaleza desde otras cosmovisiones (Leff 2003b; 2011).[5]

La EP latinoamericana tiene como componente principal las luchas campesinas o indigenistas, en las cuales las mujeres y los hombres se elevan como los sujetos ecológicos por excelencia (Toledo 1990). Sin embargo, también se observa en la EP latinoamericana la herencia de Marx. El abordaje de la economía política





puede verse, por ejemplo, en los trabajos de Héctor Alimonda (2001) respecto a la “acumulación originaria” en el capitalismo periférico. Bien dice Alimonda (2001, 09), que proponer el marxismo dentro de la EP posestructuralista latinoamericana debe ser sometido a una cuidadosa revisión y no adentrarse en la dialéctica que trae el germen revolucionario de lucha de clases en la cual históricamente ha terminado en decepciones como el Diamat. En todo caso, como se dijo, el pensamiento de la EP posestructuralista latinoamericana se construye en pluralismo metodológico (Leff 2003b). En algunos casos desmarcándose de las corrientes europeas; en otros, atendiendo con sumo cuidado a los clásicos del viejo continente, pero “sin revivir momias” (Alimonda 2001). Al marxismo se le acusa de inicio de ser vacío en su sensibilidad ecológica (Martínez-Alier 1990), pero la corriente posmoderna va más lejos: reclama que Marx nunca incorporó las cosmovisiones y las luchas campesinas (Durand et al. 2011).[6] De esta manera se conjuga la EP de los “pobres” con la EE desde “abajo” con un corpus teórico posestructuralista en constante construcción que explora las interrelaciones de la sociedad y la naturaleza, para diseñar un nuevo concepto de esta relación colocando a los saberes en un lugar privilegiado (Cariño y Castorena 2015).

Finalmente, hay también una discusión que Martínez-Alier y Naredo (1979) iniciaron en los 80, argumentando que Marx hizo caso omiso de los trabajos de Sergei Podolinsky respecto a las transferencias energéticas, y

que los fundadores del materialismo histórico y dialéctico no atendieron el trabajo del médico ucraniano, cuando fue ese el primer tratado biofísico que se vinculaba con la teoría del valor y la plusvalía. El argumento sostiene que Marx y Engels no valoraron el concepto de rendimientos decrecientes en la agricultura, o que la productividad del trabajo y de la tierra dependiera del subsidio exterior de la energía, ya que la categoría de “fuerza productiva” no se refería a la palabra “fuerza” como “proveniente de la energía” (Martínez-Alier 2003, 18). La más reciente refutación de este argumento que conocemos es el trabajo de Kohei Saito (2016, 2017), basado en libretas inéditas de Marx a ser publicadas próximamente por el MEGA (Marx-Engels Gesamtausgabe), de Berlín. Ahora bien, la obra reciente de Jason Moore (2015) puede verse como una respuesta a esa crítica, pero – dialécticamente – también como parte de ella.

### **Algunos elementos del marxismo ecológico en palabras de Marx**

El marxismo ecológico es una postura radical frente al proyecto moderno. Aunque algunos de sus detractores como Murray Bookchin manifestó que Marx escribió sus grandes obras en un tiempo en el cual no existían problemas ambientales relevantes o de la nula incorporación dentro de las fuerzas productivas la energía eléctrica, la quema de combustibles fósiles, la tecnología, etc. (Bookchin 1976). Otro, es Martínez-Alier

(2003) al argumentar que el teórico alemán ignoró la segunda ley de la termodinámica cuando Thompson la explicó a mediados del siglo XIX. Sin duda alguna, al iniciar un relato sobre el tema, el autor principal debe ser el propio Marx. En atención a lo cual se procede a dar cuenta de su pensamiento con algunas citas comentadas en orden cronológico. La transmisión de la idea es que, si bien en el Manifiesto Comunista suena sumamente prometeico y productivista, Marx desde su juventud albergó una profunda preocupación por la problemática ecológica. Kohei Saito (2017) aborda magistralmente este tema en su libro Karl Marx's Ecosocialism.

En los Manuscritos Filosóficos de 1844, Marx (2004, 112) esboza la siguiente definición del concepto de naturaleza:

La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre, es decir, la naturaleza en cuanto no es ella misma el cuerpo humano...el hombre vive de la naturaleza; esto quiere decir que la naturaleza es su cuerpo con el que debe permanecer en un proceso continuo, a fin de no perecer. El hecho de que la vida física y espiritual del hombre depende de la naturaleza no significa otra cosa, sino que la naturaleza se relaciona consigo misma, ya que el hombre es una parte de la naturaleza.

Marx se refería a un complejo circuito metabólico[7] en las sociedades capitalistas desde un plano particular o general. El concepto aparece en el capítulo VI de los Grundrisse, como parte de la explicación del proceso de circulación del capital. Marx ([1857] 1973, 667-668) advierte

que el cambio de forma y el cambio de materia suceden de manera simultánea en ese proceso. El metabolismo social es, en efecto, pieza central en el análisis de Marx de la sociedad capitalista. En *El capital*, Marx (2000, 10) señala que la naturaleza es junto al trabajo, punto de partida de la producción de valores de uso:

En este trabajo de conformación, el hombre se apoya constantemente en las fuerzas naturales. El trabajo no es, pues, la fuente única y exclusiva de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es, como ha dicho William Petty, que el trabajo es el padre de la riqueza, y la tierra su madre.

Además, Marx (2000, 429) destaca las condiciones materiales que no suelen identificarse en el proceso productivo, pero sin las cuales este no podría ejecutarse:

Si prescindimos de la forma más o menos progresiva que presenta la producción social, veremos que la productividad del trabajo depende de toda una serie de condiciones naturales. Condiciones que se refieren a la naturaleza misma del hombre y a la naturaleza circundante. Las condiciones de la naturaleza exterior se agrupan económicamente en dos grandes categorías: riqueza natural de medios de vida, es decir, fecundidad del suelo, riqueza pesquera, etc. y riqueza natural de medios de trabajo, saltos de agua, ríos navegables, madera, metales, carbón, etc.

En la *Crítica del programa de Gotha*, Marx (2000, 12-13) se refería a la naturaleza de esta manera:

El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza

es la fuente de los valores de uso (¡qué son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre. Esa frase se encuentra en todos los silabarios y sólo es cierta si se sobreentiende que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos e instrumentos. Pero un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas condiciones sin las cuales no tienen ningún sentido. En la medida en que el hombre se sitúa de antemano como propietario frente a la naturaleza, primera fuente de todos los medios y objetos de trabajo, y la trata como posesión suya, su trabajo se convierte en fuente de valores de uso, y, por tanto, en fuente de riqueza. Los burgueses tienen razones muy fundadas para atribuir al trabajo una fuerza creadora sobrenatural; precisamente del hecho de que el trabajo está condicionado por la naturaleza se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo, tiene que ser, necesariamente, en todo estado social y de civilización, esclavo de otros hombres, de aquellos que se han adueñado de las condiciones materiales del trabajo. Y no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir, más que con su permiso.

De los Manuscritos de 1844, Marx (2004) enfatiza que, en la sociedad capitalista, el trabajo no produce solamente mercancías (bienes que se pueden adquirir libremente en el mercado); más bien:

Se produce a sí mismo y produce al obrero como mercancía; el obrero "llega a ser una mercancía tanto

más vil cuanto más mercancías crea". El obrero pierde no solamente el producto de su propio trabajo (pues crea objetos que le son extraños, para hombres que le son extraños); con la división y la técnica crecientes del trabajo no es solamente "rebajado intelectual y físicamente al rango de máquina, y de hombre...transformado en una actividad abstracta y en un vientre": el obrero es igualmente obligado "a venderse el mismo y a vender su cualidad de hombre", el mismo debe hacerse mercancía, para estar simplemente en capacidad de subsistir como sujeto físico. Así, en lugar de ser una manifestación del hombre, el trabajo ha llegado a ser una "alienación"; en lugar de ser una plena y pura realización del hombre, conduce a una "pérdida de realidad completa": el trabajo "se revela como una privación de realidad hasta el punto que el obrero pierde su realidad hasta morir de hambre".

En los Grundrisse, Marx (2005, 449) explica que:

Lo que necesita explicación o es resultado de un proceso histórico, no es la unidad del hombre viviente y actuante (por un lado) con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza (por el otro) y, por lo tanto, su apropiación de la naturaleza, sino la separación entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en la relación entre trabajo asalariado y capital.

En el tomo III de El capital, Marx concibe una "ruptura irreparable en el proceso interdependiente del metabolismo social". Esta idea ha sido empleada por

Bellamy Foster (2000) para denotar una “fractura metabólica” entre el ser humano y la naturaleza, producto precisamente del modo de producción capitalista. El concepto de la fractura metabólica, como punto de entrada a las discusiones medio ambientales, particularmente por la EE de vertiente radical, también es moneda de curso en América Latina, por ejemplo, en los escritos de Gian Carlo Delgado (2015b). En el capítulo XIII de *El capital*, su autor afirma que el capitalismo degrada ambas fuentes de riqueza, el hombre y la tierra. La gran industria y la gran agricultura explotada industrialmente actuarían en unidad, una devastando la fuerza de trabajo y otro degradando la fuerza natural de la tierra. “La industria y el comercio y el comercio suministran a la agricultura los medios para el agotamiento de la tierra” (Marx 1987, 753).

### **Elementos para un marxismo ecológico renovado**

Numerosos autores – demasiados para un texto corto como este – han tratado de renovar las categorías del materialismo histórico y dialéctico para explicar el impacto ecológico del capitalismo contemporáneo. La ruta donde ha querido transitar la ecología de corte marxista podría hallarse en Schmidt, en El concepto de naturaleza en Marx, del cual rescató del teórico alemán un pensamiento filosófico sobre la naturaleza, que entremezcló en concepciones como: materia, sustancia natural, cosa natural, tierra, momentos existenciales, objetivos de trabajo, condiciones objetivas y fácticas del trabajo (Schmidt [1962] 2011). La obra fue terminada de

redactar en 1962 sin que se conociesen o tuvieran relevancia actual: (i) la conciencia ecológica, (ii) los límites del crecimiento, (iii) civilización alternativa y, (iv) la crisis ecológica. En virtud de estos sucesos, aparece un nuevo texto de Schmidt que se titula *Por un materialismo ecológico*, en el que reafirma la postura del argumento original sobre la falsa acusación hacia Marx de promover una ideología ingenua progresista y productivista. Schmidt aboga enérgicamente por un materialismo que abrace lo ecológico para revitalizar la dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, hallándose en la dialéctica elemental entre el ser humano y la tierra. Es decir, remite al materialismo contemplativo de Feuerbach sobre la experimentación de la naturaleza vista no solo como un objeto o materia prima sino “estéticamente” en un sentido sensorial-receptivo, artístico para fertilizar una “unidad material” (Schmidt 2013).

De allí cobra sentido el *oikeios* de Moore (2014b). Este concepto va dirigido a explicar las relaciones del ser humano con la naturaleza refiriendo a la “naturaleza humana” y la “naturaleza extra-humana”. Pero el autor inmediatamente elimina esta escisión, para hablar de naturalezas: subraya que deben ser contempladas como una sola unidad (Moore 2014b). En el seno del capitalismo, la interacción/unidad de las naturalezas crean sus propios ambientes y agudizando los problemas sociales y ambientales en todo –ambos a la vez– el globo. En realidad, para este historiador ambiental el punto de quiebre del modo de producción



capitalista es la era geológica del “capitaloceno” (Moore 2015). Al examinar la forma en que se llega al capitaloceno, Moore encuentra arraigadas al interior del capitalismo, desde sus orígenes, varias formas de acumulación, además de la explotación del trabajador. Se trata no solo del abaratamiento de la fuerza de trabajo, sea en términos absolutos o relativos. Está también sistémicamente arraigada una serie de dispositivos para reducir el costo de los alimentos de los trabajadores del Norte global (el uso extensivo de la azúcar de las plantaciones americanas), de la energía (la apropiación, primero, del guano del Perú y los nitratos de Chile; luego el carbón y el petróleo), de las materias primas (convirtiendo al Sur global en su proveedor barato). En esta época, se hace necesario colocar a la EE y a la EP bajo el prisma del capitaloceno, para de esta manera aquilatar las posibilidades de construir un programa alternativo al capitalismo avanzado.

Como se explicará más adelante, una propuesta de este texto es que se trabaje con mayor asiduidad en la construcción de una economía ecológica del metabolismo social de Marx para entretener el contenido material de las sociedades capitalistas. En este contenido material, el desarrollo histórico de las fuerzas productivas reviste crucial importancia por ser una fuente principal de las crisis ecológicas planetarias. Es decir, un programa de investigación que sirva para examinar las causas profundas del orden metabólico del capitalismo avanzado. El programa debería tener la suficiente amplitud de metas para considerar

críticamente, de forma holística, acrecentada circulación de mercancías, la financiarización, la flexibilización de la fuerza de trabajo, el neocolonialismo, etc., como instrumentos de reproducción del capital, distintos, obvio es, de la producción y la reproducción de la vida.

Desde una visión derivada de Moore, la EE –en sus actuales circunstancias- no puede dar respuesta al crisol de contradicciones del capitalismo avanzado. Debe ampliar la mirada y abarcar también una EP que explique la desigualdad, la mercantilización, el imperialismo, el patriarcado, etc. Esto es, con la intención de entender la red de la vida: el oikeios (Moore 2015) que se ha producido a través de la organización de los “cuatro baratos”: fuerza de trabajo, energía, alimentación y materia prima. En Moore, las dinámicas dentro del modo de producción capitalista se comprenden mejor (o más bien, únicamente) como una dialéctica entre las naturalezas en la cual cada una producen sus propios ambientes. Si bien Moore enfatiza que no se puede contemplar a la naturaleza humana en una caja, y la naturaleza extra-humana en otra, esta metáfora remite a una afectación mutua en la nueva era geológica (Moore 2013). De allí, la EP debe instrumentar las afectaciones entre capital-trabajo (naturaleza humana), y capital-naturaleza (naturaleza-extra-humana).

La EP que se propone se sostiene del concepto de la brecha metabólica, referenciada en una destrucción silenciosa que comprende la creciente desigualdad, la pobreza, el agotamiento de los recursos naturales, ocasionada por las diversas estrategias productivas (la

minería, la agricultura, el turismo, etc.). Ahora bien, se enclava dentro de la EP el Imperialismo Ecológico (IEcol), concepto empleado por Crosby para explicar la expansión de Europa hacia los “Nuevos Mundos”, “América” y “Asia”[8] (Crosby 1986). Esta novedosa interpretación ha generado distintas controversias, una de ellas, por parte de la EP posestructuralista latinoamericana debido a sus antecedentes biológicos y por no politizar los conflictos ecológico-distributivos.

Los trabajos del IEcol, ajustados a las contradicciones del capitalismo avanzando, abarcan las dinámicas de la privatización de la naturaleza, la acelerada destrucción de ecosistemas, la reducción de la biodiversidad, los extractivismos, la biopiratería, el intercambio ecológico desigual, en tanto, estos conjuntos de contradicciones se hacen más evidentes en los países del Sur global (Vega 2006). En mansos de Clark y Foster (2012), el análisis basado en el análisis del IEcol hacen resaltar las funestas consecuencias (para unos) de las transferencias desiguales de materia-ecológica. Sus abordajes sirven para articular una crítica dentro del pensamiento dialéctico, en la cual vuelve a hacerse necesario subrayar las dinámicas de la incesante acumulación de capital. Visto de esta forma, de inmediato se entiende la validez para el programa alternativo (EE radical, EP y el IEcol) de los análisis de la “acumulación por despojo” de Harvey (2004), y la “acumulación por apropiación” y la “acumulación por capitalización” de Moore (2015) y la brecha metabólica de Foster, en el sentido que, juntas puedan abolir las

limitaciones teóricas que cada uno despliega en el estudio de las interrelaciones entre la sociedad y la naturaleza.[9]

### **La era geológica del capitaloceno**

Desde que se afianzo en los siglos XV y XVI, como organizador de la naturaleza, el capital ha empujado a una nueva comprensión del ambiente (Moore 2003). En tiempos recientes, debido a las acciones humanas en la biosfera, se acuña la frase “la era del Antropoceno”, que pretende encapsular los patrones de dominación del ser humano sobre la Tierra, generando altos volúmenes de desechos y trasgrediendo los sistemas fundamentales para el sostenimiento de la vida (Sachs 2008, 101). Esta tesis advierte que el modo de vida actual de “la humanidad” requiere cantidades ingentes de recursos naturales y vierte similares cuotas de desechos, a tal grado de poner en riesgo la viabilidad de la vida en el planeta. Así, entre 1900 y el 2000 se dio una cuadruplicación de la población humana, se incrementó hasta diez veces el consumo de materiales y energía y en 3.5 veces el consumo de biomasa. De esta forma, al cierre del siglo XX la extracción de recursos naturales representó 48,5 mil millones de toneladas, registrándose un consumo global per cápita de 8,1 toneladas al año (Delgado 2012, 04).

Una contrapropuesta se deriva de la interrogante de si es “la humanidad” la causante de esta debacle ecológica, o si otros factores están involucrados. ¿Es “la gente” la causa, o hubo en la historia más o menos

reciente un punto de inflexión? Como bien afirma Moore (2014b), los seres humanos somos una especie constructora de entornos característicamente poderosa, pero la actividad humana apenas está exenta del resto de la naturaleza y, pensar que éste se aparta de las actividades constructoras de entornos de la vida extra-humana, sería caer en un error que remite a la falsa alternativa de una sociedad sin naturaleza y una naturaleza sin seres humanos.

Anna Tsing (2015) asevera que en el Holoceno existían aún refugios y salvaguardas para la riqueza biótica del planeta, medios de contención de la aceleración de la extracción de materia de la corteza terrestre y restricciones sistémicas al uso excesivo del agua y la contaminación ambiental. El Antropoceno supuso fuertes discontinuidades, no atribuibles solo al crecimiento demográfico, por lo que se requiere otro término. Lo que cambió a lo largo del pasado milenio fue precisamente el modo de producción (más bien los modos de producción, pensando más allá del Occidente). Se consolidó a lo largo de cuatro o cinco siglos el dominio del capital, ahora global: de ahí el Capitaloceno, de Andreas Malm y Jason Moore (2016). No se trata únicamente de los efectos antropogénicos, sino de las consecuencias ambientales del capitalismo. Por tanto, el capitaloceno se coloca como un conductor dialéctico para comprender que el capitalismo es una ecología (Moore 2014b). Peor aún para el sistema, afirma Moore (2015), la era de los “cuatro baratos” ha llegado a su fin.

En este giro sobre la perspectiva del capitalismo como una ecología remite a la economía-mundo de Wallerstein (2013), en cuanto a las perspectivas de los capitalistas y del capitalismo. ¿Ante una crisis estructural como la que oscurece el horizonte, resultará aún rentable el sistema? Moore tiene la ambición de repensar el capitalismo y, enclava su discusión en una “ecología-mundo”. No en el binomio capitalismo - naturaleza, sino dialécticamente en la “naturaleza-como-matriz”. El oikeios, como red de la vida, permite estudiar un amplio rango de meta-procesos socioecológicos en el mundo moderno (el patriarcado, la industrialización, el imperialismo, y la proletarianización, entre otros) Moore 2014b). Para este autor, las bases estructurales del sistema se están desmoronando con el encarecimiento progresivo de la energía, los alimentos, la materia prima y el trabajo.

Una EP concebida como se sugirió párrafos atrás y reforzadas por la teorización del capitaloceno, iría más allá de la interpretación de los meta-procesos socioecológicos de esa era geológica. Se insertaría en la ley del valor de Marx, en ese sentido añadiendo la “ley de la naturaleza”. Pues agrandes trazos iría acompañada como elemento constitutivo de una economía política de la acumulación por despojo, la globalización, el cambio tecnológico (la robotización y sus efectos, por ejemplo) y el Estado.

Además de dar cuenta de la acumulación por despojo, esta economía política incluiría la acumulación por apropiación, para revelar puntualmente quienes son los agentes que surgen para acaparar los nuevos medios de

producción. De ahí se colocarían las circunstancias en las cuales fueron adquiridos y sus formas de inserción dentro del mercado capitalista (y las consecuencias para los expropiados). Se abriría un amplio abanico para entender los conflictos que trae consigo este tipo de acumulación de los múltiples ambientes en el tejido de la vida (Moore 2014b). Al mismo tiempo, la acumulación por capitalización pone a trabajar los medios de producción y a la naturaleza barata, de acuerdo a los desarrollos tecnológicos para el incremento de la productividad (Moore 2013).

Moore enfatiza las ricas tonalidades del cambio histórico. Considera pertinente comprender el eclipse de Roma después del fallecimiento del “Óptimo Climático Romano” alrededor del 300 D. C., o el colapso de la civilización feudal con la llegada de la pequeña “Edad de Hielo” unos 1000 años más tarde, pero remarca que también hay que considerar los cambios climáticos favorables, los ocurridos para el ascenso del poder romano (circa 300 A.C.), o el amanecer del “Periodo Cálido Medieval” (circa 800-900) (Moore 2014b, 94). Esta variabilidad histórica permite sugerir que en el capitaloceno los cambios ambientales no perjudican la acumulación de capital universalmente, sino que, por el contrario, también hay ganadores. No sorprenden entonces los hallazgos de Foster al exhibir una referencia del informe de la administración Bush del Climate Action Report 2002, publicado por la agencia de Protección de Medioambiente (EPA, por sus siglas en inglés), en la cual reconocía el peligro del cambio climático sobre el daño medioambiental donde afectaba

más a las montañas por el derretimiento de las nieves; en cuanto a la agricultura, en esta actividad el calentamiento global era positivo porque cabía la posibilidad de un aumento de la productividad agrícola en su conjunto (Foster 2002, 11). Similar postura informa a los actuales defensores de la extracción y comercialización global de petrolíferos.

En este sentido, subrayamos que la construcción del entorno con los componentes que extrae de la naturaleza extra-humana ha sido históricamente parte de la naturaleza humana. A la vez, la primera construye el suyo, por lo que es lícito asegurar que la civilización moderna-burguesa no es del todo una construcción humana, más bien, es el resultado de puñados de relaciones entre las naturalezas (Moore 2014b). En el *oikeios*, el tejido de la vida se produce como una interacción de todas las relaciones entre humanos (desde las pequeñas comunidades selváticas o árticas, hasta la megalópolis) con el resto de la naturaleza. Lo necesario, plantea Moore (2014b, 99), es retomar un pensamiento dialéctico que simultáneamente abrace de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro: la Tierra es un ambiente para humanos, y los humanos son ambientes (también constructores de ambientes) para el resto de la vida en el planeta.

## **Conclusión**

La era del capitaloceno no permite pensar en remedios como lo hace su contraparte (el antropoceno). Se apuesta, en cambio, por una visión compleja de





relaciones entre ambientes. En esta perspectiva, el capitalismo organiza a la naturaleza haciéndola barata para acumular capital de forma audaz, por eso ha sido tan resistente a cualquier cambio en la red de la vida.

El orden/desorden metabólico de esta nueva era geológica conlleva a algo desconocido para todos los seres vivos del planeta, pues las condiciones de vida cambian de manera vertiginosa. El presente trabajo sugiere que una fusión de los elementos pertinentes de la economía política y el marxismo ecológico tradicional, hecha con meticuloso cuidado, permitiría un mejor entendimiento de los cambios en la ecología-mundo que se suscitan por la explotación de las naturalezas humana y extra-humana, el saqueo de la materia-ecológica, así como las relaciones de poder y procesos de acumulación que mantienen vigente al sistema capitalista.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Aguilera, Federico. 2015. "Economía y naturaleza humana, volviendo a Smith y Marx". Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, 14 (41): 255-276. <http://journals.openedition.org/polis/11040>.

Alimonda, Héctor. 2001. "Una herencia en Comala (apuntes sobre ecología política latinoamericana y la tradición marxista)". Ambiente & Sociedad 9: 1-18. <http://www.scielo.br/pdf/asoc/n9/16874.pdf>.

Altvater, Elmar. 2006. "¿Existe un marxismo ecológico?". En La teoría marxista hoy. Problemas y

perspectivas, compilado por Atilio A. Borón, Javier Amadeo y Sabrina González, 341-364. Buenos Aires: CLACSO.

Barkin, David, Mario Fuente y Daniel Tagle. 2012. "La significación de una economía ecológica radical". *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica* 19: 1-14. <https://es.scribd.com/document/253479024/2012-Barkin-Fuente-Tagle-La-Significacion-de-Una-Economia-Ecologica-Radical>.

Bookchin, Murray. 1976. *El anarquismo en la sociedad de consumo*. Barcelona: Editorial Kairós.

Boulding, Kenneth. (1966) 2011. "The economics of the coming spaceship earth". En *Environmental quality in a growing economy. Essays from the sixth RFF forum*, editado por Henry Jarret, 3-14. Nueva York: Earthscan.

Cariño, Micheline, y Lorella Castorena, eds. 2015. *Saberes para la sustentabilidad*. Barcelona: Icaria Editorial.

Clark, Brett, y John Foster. 2012. "Imperialismo ecológico y la fractura metabólica global. Intercambio desigual y el comercio de guano/nitratos". *Theomai* 26: s/n. <http://www.redalyc.org/pdf/124/12426097005.pdf>.

Crosby, Alfred. 1986. *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900*. Cambridge: Cambridge University Press.

Davis, Mike. 2007. *Planet of Slums*. Londres: Verso.

Delgado, Gian Carlo. 2015a. "Complejidad e interdisciplina en las nuevas perspectivas socioecológicas: el caso de la ecología política urbana anclada en nociones metabólicas". En *Saberes para la*

sustentabilidad, editado por Micheline Cariño y Lorella Castorena, 43-71. Barcelona: Icaria Editorial.

\_\_\_\_\_. 2015b. "Coproducción de conocimiento, fractura metabólica y transiciones hacia territorialidades socio-ecológicas justas y resilientes". Polis, Revista de la Universidad Bolivariana 14 (41): 85-96. <http://journals.openedition.org/polis/10957>.

\_\_\_\_\_. 2013. "¿Por qué es importante la ecología política?". Nueva Sociedad 244: 47-60. <http://nuso.org/articulo/por-que-es-importante-la-ecologia-politica/>.

\_\_\_\_\_. 2012. "Extractivismo, fronteras ecológicas y la geopolítica de los recursos en América Latina". Revista América Latina en Movimiento 473: 1-4. <https://www.alainet.org/es/active/53380>.

Durand, Leticia, Fernanda Figueroa y Mauricio Guzmán. 2011. "La ecología política en México ¿Dónde estamos y para dónde vamos?". Estudios Sociales 19 (37): 282-307. <http://www.redalyc.org/pdf/417/41716750011.pdf>.

Escobar, Arturo. 2005. "El "postdesarrollo" como concepto y práctica social". En Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización, coordinado por Daniel Mato, 17-31. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

Eschenhagen, María. 2015. "Desafíos para pensar desde la vida en las ciencias sociales". Polis, Revista de la Universidad Bolivariana 14 (41): 111-125. [http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-656820150002000008&script=sci\\_abstract&tlng=es](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-656820150002000008&script=sci_abstract&tlng=es).

Felli, Romain. 2016. La grande adaptation. Climat, capitalisme et catastrophe. París: Editions du Seuil.

Foster, John. 2002. "Capitalism and ecology: the nature of the contradiction". Monthly Review 54 (04): 6-16. <https://monthlyreview.org/2002/09/01/capitalism-and-ecology/>.

\_\_\_\_\_. 2000. La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza. Barcelona: El Viejo Topo.

Harvey, David. 2004. "El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión". Socialist Register 40: 99-129. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>.

\_\_\_\_\_. 1996. Justice, Nature and the Geography of Difference. Oxford: Blackwell.

\_\_\_\_\_. 1990. The Condition of Postmodernity. Oxford: Blackwell.

Lefebvre, Henri. 1989. "Quand la ville se perde dans une métamorphose planétaire", <https://www.monde-diplomatique.fr/1989/05/LEFEBVRE/41710>.

Hollis, Martin. 1994, The Philosophy of Social Science. Cambridge: Cambridge University Press.

Leff, Enrique. 2011. "Sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia "otro" programa de sociología ambiental". Revista Mexicana de Sociología 73 (1): 5-46. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32118437001>.

\_\_\_\_\_. 2003a. Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable. México, D.F.: Siglo XXI Editores.

\_\_\_\_\_. 2003b. "La ecología política en América Latina. Un campo en construcción". Sociedade e Estado



18 (1/2): 17-40. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30500505>.

Martínez-Alier, Joan. 2004. "Los conflictos ecológico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad". *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica* 1: 21-30. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30551307>.

\_\_\_\_\_. 2003. "Ecología industrial y metabolismo socioeconómico: conceptos y evolución histórica". *Economía Industrial* 351: 15-26. <http://www.minetad.gob.es/Publicaciones/Publicacionesperiodicas/EconomiaIndustrial/RevistaEconomiaIndustrial/351/Economia02.pdf>.

\_\_\_\_\_. 1990. "Introducción al número uno". En *Ecología Política. Cuadernos de debate internacional*, coordinado por Joan Martínez-Alier y James O'Connor, 7-9. Barcelona: FUHEM – ICARIA.

Martínez-Alier, Joan, y José Manuel Naredo. 1979. *La cuestión de la energía y el concepto de fuerzas productivas*. Barcelona: Cuadernos de Ruedo Ibérico.

Marx, Karl. 2005. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, borrador 1857-1858. México, D.F, México: Siglo XXI editores.

\_\_\_\_\_. 2004. *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*. Buenos Aires, Argentina: Colihue.

\_\_\_\_\_. 2000. *El capital. Crítica de la economía política*. México, D.F, México: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. 2000. *Crítica del programa de Gotha*. Toronto, Canadá: Elaleph.

\_\_\_\_\_. 1987. *El capital. Crítica de la economía*

política. Tomo III. México, D.F, México: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. 1973. Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy (Rough Draft). Londres: Penguin.

Moore, Jason. 2016. "Name the System!", <https://jasonwmoore.wordpress.com/2016/10/09/name-the-system-anthropocenes-the-capitalocene-alternative/>.

\_\_\_\_\_. 2015. Capitalism in the web of life. Ecology and the accumulation of capital. Londres: Verso.

\_\_\_\_\_. 2014a. "The end of cheap nature. Or how I learned to stop worrying about "the" environment and love the crisis of capitalism". En Structures of the world political economy and the future of global conflict and cooperation, editado por Christian Suter y Christopher y Chase-Dunn, 285-314. Berlín: LIT.

\_\_\_\_\_. 2014b. "De objeto a oikeios: la construcción del ambiente en la ecología-mundo capitalista". Revista Sociedad y Cultura 2: 87-107. <https://es.scribd.com/document/340951571/Moore-DE-OBJETO-A-OIKEIOS-2015-pdf>.

Peet, Richard. 1998. Modern Geographical Thought. Oxford: Blackwell.

Ropke, Inge. 2005. "Trends in the development of ecological economics from the late 1980s to the early 2000s". Ecological Economics 55 (2): 262-290. <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0921800904004173>.

Sachs, Jeffrey. 2008. Economía para un planeta abarrotado. México, D.F.: Editorial Debate.



Saito, Koehei. 2017. Karl Marx's Ecosocialism. Nueva York, Monthly Review Press.

\_\_\_\_\_. 2016. "Marx's Ecological Notebooks". Monthly Review 67 (09): s/n. <https://monthlyreview.org/2016/02/01/marxs-ecological-notebooks/>.

Schmidt, Alfred. 2013. "Para un materialismo ecológico", Utopía y Praxis Latinoamericana 18 (61): 11-23.

\_\_\_\_\_. 2011. El concepto de naturaleza en Marx. Madrid: Siglo XXI.

Schumacher, Ernst. 2011. Lo pequeño es hermoso. Madrid: Akal.

Toledo, Víctor. 2015. "¿De qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad? Una propuesta ecológico política". En Saberes para la sustentabilidad, editado por Micheline Cariño y Lorella Castorena, 19-41. Barcelona: Icaria Editorial.

\_\_\_\_\_. 2008. "Metabolismos rurales: hacia una teoría económica-ecológica de la apropiación de la naturaleza". Revista Iberoamericana de Economía Ecológica 7: 1-26.

\_\_\_\_\_. 1990. "La resistencia ecológica del campesinado mexicano (en memoria de Ángel Palerm)". En Ecología Política. Cuadernos de debate internacional, coordinado por Joan Martínez-Alier y James O'Connor, 11-18. Barcelona: FUHEM – ICARIA.

Tsing, Anna. 2015. "Feral Biologies", Colloquium on Anthropological Visions of Sustainable Futures. Londres: University College London.

Vaga, Renán. 2017. "El capitaloceno", <http://>

[www.rebellion.org/docs/223396.pdf](http://www.rebellion.org/docs/223396.pdf).

Weiner, Edward Stuart, y John Steven Simpson, eds. 1971. The Compact Edition of the Oxford English Dictionary. Oxford: Oxford University Press.

## NOTAS

[1] Entonces muy diferenciadas en sus enfoques, hoy muy semejantes en su preferencia por los métodos de “valoración” de la naturaleza a partir de la microeconomía neoclásica.

[2] El tenor condicional de este párrafo será evidente para el lector. En una sociedad urbanizada bajo el capitalismo, las otredades mencionadas comportan un dejo idealista y voluntarista que, creemos, tiene pocas posibilidades de triunfo contra las estructuras de dominación capitalistas. Otra cosa es la lucha en la ruralía.

[3] Entre otros: Bellamy Foster, B. Clark, A. Malm, J. Moore y por supuesto Marx. Pero véase la nota 9, más adelante.

[4] A Boulding ([1966] 2011) se le recuerda por subrayar los límites planetarios y la finitud de los recursos mediante el uso de las metáforas de la economía del vaquero, de pastizales ilimitados y La economía de la nave espacial llamada Tierra. Georgescu-Roegen trajo a la economía la entropía, rechazando la base mecanicista de la economía neoclásica. Sus trabajos contribuyeron a la economía ecológica y son el fundamento de las teorías del decrecimiento.



[5] Un poco más adelante argumentaremos que tal dislocación es ajena a Marx (véase, por ejemplo, Saito 2017).

[6] Leff (2003a) es más sutil al decir que al teórico alemán le faltó incluir el ambientalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas.

[7] En biología y química, el término metabolismo refiere a los procesos en los que una célula o un organismo convierte nutrientes en materia viva (el metabolismo constructivo), o bien, reduce el protoplasma a sustancias simples para el desempeño de diversas funciones (el metabolismo destructivo) (Weiner y Simpson 1971, 378).

[8] Nuevos, es decir, para los europeos.

[9] Estamos conscientes de una serie de incongruencias teóricas entre estas corrientes y de su importancia, según explicitadas en diversos debates sobre estos temas, por razones de espacio nos impiden entrar en esa discusión en este momento.







# La comprensión de los problemas ambientales actuales vistos con el enfoque marxista\*

*Paul Burkett\*\**

## INTRODUCCIÓN

Las sociedades modernas tienen el reto de enfrentar los diferentes problemas ambientales que están conduciendo hacia una degradación ecosistémica del planeta y al deterioro en la calidad de vida de las poblaciones. En el campo de la teoría económica, existen diferentes corrientes que tratan de explicar el origen y las posibles soluciones a dichos problemas. La economía ecológica (EE) es una nueva disciplina de la economía que ofrece su enfoque para entender los problemas ecológicos y sociales actuales. Sin embargo, a pesar de sus principios metodológicos — multidisciplinariedad, pluralismo metodológico y apertura histórica— (Burkett, 2006) se ha dejado de lado la contribución que ofrece el análisis marxista para comprender el origen de estos problemas. Martínez Alier, uno de los principales exponentes de la EE, ha tenido una gran influencia para descartar la

---

\* **Fuente:** Argumentos (Méx.) vol.21 no.56 México ene./abr. 2008

\*\* Doctor por la Syracuse University. Profesor de economía en la Indiana State University. Experto en los temas de macroeconomía; moneda y banca; capitalismo y ambiente, y economía política de Asia del Este.

incorporación del marxismo en el marco teórico-metodológico de la EE (Martínez y Schüpman, 1991; Martínez, 1992).

El presente documento muestra brevemente la contribución del marxismo al entendimiento de los diversos problemas que ha generado el modelo de producción dominante. Es decir, el análisis marxista muestra cómo el sistema capitalista a partir de la separación de los trabajadores de los recursos naturales, y mezclándolos posteriormente en el proceso productivo, ha generado los diversos problemas ecológicos en la consecución de la búsqueda de la máxima ganancia con consecuencias negativas para las diferentes sociedades. La incorporación del enfoque marxista para el análisis de estos problemas contribuye también al enriquecimiento del marco de la EE, ya que reafirma los principios de pluralismo metodológico y, principalmente, la apertura histórica que no es muy abordada en los trabajos de la revista *Ecological Economics* de la *International Society of Ecological Economics*.

Este documento está estructurado en cuatro secciones. En la primera se aborda la cuestión de las diferentes contradicciones que enfrenta el modelo de producción dominante; en la segunda parte, la forma en que Marx incorporó a la naturaleza en su análisis; la tercera parte trata del metabolismo del sistema capitalista y, finalmente, en la cuarta sección se aborda la visión que tenía Marx con respecto al comunismo como modo de producción alternativo al capitalista

## **Las tres contradicciones del capitalismo contemporáneo**

La obra *El capital* de Marx establece tres contradicciones esenciales en el sistema de producción capitalista, las cuales crecen en intensidad conforme el sistema se va desarrollando históricamente. Estas tres contradicciones deben ser vistas de manera interconectada.

a) Primero, hay una contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio. Esto no debería ser abordado únicamente como una cuestión formal, una contradicción abstracta como algunas veces se ha hecho en interpretaciones teóricas modernas del trabajo de Marx. Más bien, debe ser visto como el desarrollo histórico de la tensión entre los requerimientos por ganar dinero y de la valoración monetaria, por un lado, y de las necesidades para el bienestar humano, un desarrollo humano sustentable, por el otro. Con esta perspectiva, el capitalismo intensifica la tensión, precisamente porque desarrolla y socializa las fuerzas productivas —trabajo y naturaleza—, con el fin de integrarlas a las demandas de la producción competitiva para producir ganancias.

b) La segunda contradicción establecida por Marx es la naturaleza explotadora con base en la estructura de clases existente en el capitalismo, su dependencia en la extracción de plusvalor de los productores directos. Marx muestra cómo la forma trabajo-salario es lucrativa por el hecho de que los trabajadores realizan una cantidad de trabajo excedente para el capitalista, aun



cuando éstos ya cubrieron el valor de su propia fuerza de trabajo. También muestra que esta explotación está basada en una separación social específica del capitalismo de los trabajadores al acceso y control de las condiciones de producción necesarias. Esta separación es lo que obliga a los trabajadores a aceptar prolongadas jornadas laborales que se encuentran por encima del tiempo necesario para producir sus propios medios de subsistencia, aun cuando esta extensión en tiempo e intensidad de trabajo impide el desarrollo del bienestar humano del trabajador. Más específicamente —y este aspecto no ha sido adecuadamente precisado—, Marx muestra cómo este surplus, obtenido mediante la forzada prolongación de la jornada de trabajo y la intensificación de su proceso, implica la apropiación por parte del capital de la fuerza de trabajo —trabajo potencial— producida durante el horario no laboral de los trabajadores, es decir, la apropiación del capital de aquel tiempo de los trabajadores que debería ser destinado para su descanso y recuperación, pero además del tiempo destinado a labores de tipo doméstico.

c) De estas dos primeras contradicciones emerge la tercera y principal contradicción establecida por Marx en *El capital*: la tendencia del capitalismo para generar crisis de reproducción económica y social. Marx señaló dos tipos de crisis del capitalismo. La primera, la cual ha sido objeto de debates entre marxistas, involucra la que podría ser denominada crisis de acumulación debido a la caída en la rentabilidad, o a la incapacidad para

reinvertir las ganancias de manera rentable. Sin embargo, en la segunda, los periodos de crisis de acumulación deben ser vistos como un resultado específico de algo más general, de largo plazo, una agudización de la crisis del capital, es decir, la incapacidad del sistema para crear y mantener las condiciones naturales y sociales que se requieren para el desarrollo sustentable del bienestar humano. Marx se enfocó principalmente en esta segunda forma de crisis en su discusión de la ley general de acumulación del capitalismo en el capítulo 25 de *El capital*, volumen I, en el cual mostró la tendencia del capitalismo a crear un creciente ejército industrial de reserva de desempleo y de subempleo aun cuando el sistema se encontraba alejado de sus periodos de crisis de acumulación. Pero él también trata con la contradicción entre acumulación de capital y las condiciones naturales del desarrollo humano, especialmente en la "Industria moderna y agricultura", en el capítulo 15 del mismo volumen.[1]

Estas crisis para Marx son inevitables resultados históricos de la contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio, así como de la naturaleza de la explotación de clases del capitalismo.

## **La incorporación de la naturaleza en el análisis marxista**

En *El capital*, Marx realiza la integración de la cuestión ecológica en dos formas generales. Primero, enfatiza la separación de los trabajadores de la tierra —del



planeta—como parte fundamental del capitalismo. Como otras condiciones necesarias de producción que son apropiadas por el capital, la tierra —naturaleza— aparece para los trabajadores—asalariados como una condición externa de su existencia, algo a lo cual ellos sólo pueden tener acceso mediante la venta de su fuerza de trabajo al capital. Esta separación por parte del capitalismo de los verdaderos productores al acceso de la reproducción de la tierra es un proceso histórico en curso. Como David Harvey (2003) ha enfatizado en su trabajo *The New Imperialism*, esta clase de "acumulación por despojo" ha llegado a ser una de las principales fuentes de utilidades en el capitalismo, su fase neoliberal. Su importancia ecológica es justamente obvia; debido a que separa a la tierra de los trabajadores y posteriormente los combina en el proceso productivo con la finalidad de generar ganancias, el capitalismo desarrolla la combinación de sus poderes productivos —tierra y trabajo— de manera tal que cada vez más están distanciados de los requerimientos de la sustentabilidad ecológica. A diferencia de anteriores formas de producción, como en el feudalismo, donde los trabajadores estaban socialmente atados a la tierra, el modo de producción capitalista no es dependiente de alguna condición natural particular y/o ecosistemas, y puede por lo tanto permitirse violar las condiciones de la sustentabilidad ecológica y "avanzar" —espacial y funcionalmente— en la explotación de nuevos valores de uso producidos por el trabajo y la naturaleza. El capitalismo tiene una habilidad sin precedente histórico

para sostenerse por sí mismo a partir de la producción de valores de uso ecológicamente insustentables —lo cual explica por qué tiene el potencial para crear crisis ecológicas de gran magnitud, crisis que van de lo local a lo global, alcanzando hasta el biosférico.

Segundo, Marx incorpora la cuestión ecológica a partir de su análisis de valoración del mercado capitalista. Aunque esta afirmación puede ser considerada paradójica, el hecho es que las críticas ecológicas a la "teoría del valor trabajo" de Marx erróneamente interpretan esta teoría como una afirmación normativa de que, comparada con la naturaleza, el trabajo es más importante o es la condición primaria de producción. Sin embargo, para Marx la producción de valores de uso siempre requiere ambas, trabajo y naturaleza, y el trabajo está por sí mismo en una relación metabólica entre la gente y la naturaleza; asimismo, las personas son naturales, aunque sean socialmente conformadas. Marx no redujo el valor a tiempo de trabajo abstracto, socialmente necesario; más bien, afirma que el capitalismo, basado en la separación de los trabajadores de sus condiciones necesarias de producción, valora los productos de esta forma. De ahí que la tensión entre los valores del trabajo y los requerimientos naturales para la producción sustentable fueran vistos como un resultado inmanente de las contradicciones más básicas entre valor de uso y valor de cambio y entre el trabajo y el capital. La acumulación de capital depende de ambas, naturaleza y trabajo, como vehículos materiales para la producción y

realización del plusvalor (superávit); sin embargo, en lo agregado, el capitalismo valora los productos sólo con su referente al trabajo abstracto contenido en ellos. Las rentas monetarias son puramente redistributivas y sufren de sus propias contradicciones ecológicas. En cualquier caso, la norma bajo el capitalismo es la libre apropiación y abuso de los valores de uso latentes en la naturaleza para propósitos de producción competitiva para la ganancia.

Se debe enfatizar que, para Marx, la producción de valores —en el sentido de valores de cambio— requiere que los valores sean objetivados como valores de uso vendibles. Si una mercancía —y el trabajo que lo produce— no sirve a las necesidades humanas —por más ilusorio, incivilizado, o ecológicamente dañino—, entonces no contará como valor en el mercado. De esta manera, la "necesidad social" de valor, como tiempo de trabajo socialmente necesario, es anárquicamente impuesta a través del mercado. De ahí que la acumulación de capital, la producción y la reinversión de plusvalor, permanecen dependientes de los valores de uso producidos por el trabajo y la naturaleza. La acumulación de capital requiere no sólo de la fuerza de trabajo explotable, sino también de materiales y naturaleza, condiciones que permiten explotar a la fuerza de trabajo y extraerle el surplus para ser objetivada en productos vendibles. Esto ayuda a explicar por qué el capitalismo ha sido tan dañino al ambiente a lo largo de su historia y por qué está actualmente amenazando la viabilidad de nuestro planeta. En

resumen, el análisis de las teorías marxistas acerca de la valoración capitalista es esencial para un entendimiento adecuado de las crisis ambientales en un marco histórico y contemporáneo.

### **El análisis de Marx al metabolismo del capitalismo: La relación entre la sociedad y la naturaleza**

Como se puede observar, las formas específicas de metabolismo del capitalismo con la naturaleza están marcadas por su radical separación de los verdaderos productores de sus condiciones necesarias de producción, comenzando con la tierra.

Por ejemplo, es sólo sobre la base de la mercantilización de la fuerza de trabajo "libre" —trabajadores separados de la tierra y otras condiciones de producción— que las formas de mercancía y dinero dominan la reproducción económica de la sociedad, y de ahí sus interacciones metabólicas —intercambios de materia y energía— con la naturaleza. Por supuesto, la valoración monetaria es una necesidad en el capitalismo, debido al requerimiento de un equivalente general de valor en el sentido de tiempo de trabajo abstracto. Las contradicciones ecológicas de la valoración monetaria y de los precios de mercado del ambiente —aplicables a todas formas de renta, sean de origen privado o gubernamental— son de este modo intrínsecas al capitalismo y, por lo tanto, completamente inmunes para todas las reformas que mantienen intactas las relaciones capitalistas de trabajo-salario e intercambio de

mercado. Y estas contradicciones son agudamente antagónicas. El dinero y las valoraciones monetarias son homogéneos, divisibles, móviles, reversibles y cuantitativamente ilimitados; esto contrasta notablemente con el carácter de los valores de uso naturales en donde se incluyen los sistemas ecológicos: su variedad cualitativa, indivisibilidad, especificidad geográfica, irreversibilidad y límites cuantitativos. Como se muestra en *Marx and Nature* (Burkett, 1999), las contradicciones ecológicas de la valoración monetaria están lógicamente implícitas en el análisis del valor de Marx, y en muchos casos fueron enfatizadas conscientemente. Aunque varios economistas ecológicos no marxistas han señalado también los defectos de los precios de mercado lo han hecho sin que sus análisis partan del sistema básico de relaciones de producción (Burkett, 2006.)

Por supuesto, los efectos concretos del capitalismo sobre el ambiente no pueden leerse directamente de las contradicciones ecológicas abstractas del dinero y de la valoración monetaria. Sus análisis requieren de un estudio detallado del desarrollo histórico del sistema formado por las luchas de clases y los esfuerzos competitivos a escala nacional y global. Marx mostró cómo el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas de la industria mecanizada —el sistema de fábrica— generó avances sin precedentes en la productividad del trabajo, los cuales se tradujeron directamente en un gran incremento histórico de procesamiento de materia y energía tomada y emitida al medio ambiente. Este

análisis puede ser ubicado en términos de las dos crisis capitalistas mencionadas anteriormente. En un primer nivel, el creciente apetito del capitalismo por materias primas inevitablemente resulta en una escasez de estos materiales —incluyendo los insumos requeridos como fuentes energéticas— debido a la dependencia de la producción sobre las condiciones naturales, las cuales no pueden ser reproducidas directamente por las mismas empresas capitalistas. El principal ejemplo en relación con el problema de la oferta de materiales, considerado por Marx, fue la crisis del algodón que afectó a Inglaterra y a otros de los primeros países industrializados en el siglo XIX. El análisis teórico de Marx fue bastante sofisticado, debido a que tomó en cuenta la interacción entre relaciones de valor, restricciones a la producción física y tecnológica, rentas, el papel del sistema crediticio y la especulación en el empeoramiento de la escasez de materiales y de la fluctuación en los precios. Su análisis puede, por ejemplo, extenderse y adaptarse fácilmente para las crisis contemporáneas del petróleo (Burkett, 1999; capítulo 9).

En otro nivel, el marxismo provee señales para entender cómo el metabolismo específico del capitalismo genera crisis en las condiciones naturales del desarrollo humano. Una reflexión involucra lo que uno de los principales exponentes en economía ecológica, Herman Daly, ha considerado "rompimiento de la restricción presupuestal solar" por la utilización de energía fósil, a partir de la revolución industrial. Las

causas de este desarrollo son particularmente relevantes para cualquier discusión en relación con el problema del calentamiento global, e incluso del contemporáneo "shock petrolero". Aquí, los economistas ecológicos básicamente toman el descubrimiento del combustible fósil como el "pecado original" y lo culpan — junto con factores culturales exógenos tales como "la ideología del crecimiento"— por llevar al sistema hacia una senda ecológicamente insostenible (véase Georgescu-Roegen, 1971). El análisis de Marx es muy diferente. En el capítulo sobre "Maquinaria e industria moderna", El capital muestra que una precondition esencial para el uso creciente de las máquinas de vapor conducidas con energía fósil fue la separación de los trabajadores del control total de las herramientas usadas en la producción, y la instalación de éstas en máquinas que podrían ser operadas, no sólo por el hombre y otras energías "vivas", sino también por las inanimadas "fuerzas motrices". En otras palabras, fue la relación de producción específica del capitalismo la que generó el rompimiento con "la restricción presupuestal solar" (Burkett y Foster, 2006).

Finalmente, Marx señala que la separación espacial del capitalismo y la integración industrial en la manufactura y la agricultura dio como resultado en una falla para reciclar los nutrientes extraídos del suelo y la conversión de estos nutrientes en contaminantes dañinos, así como el vicio de largas e intensivas jornadas de trabajo y enervantes condiciones de vida en las áreas urbanas. Informado de los estudios de Justus von Liebig

y otros científicos, Marx consideró este desarrollo una fisura metabólica en la circulación de la materia y energía requerida por la reproducción sustentable de los sistemas humano-naturales.[2]

En suma, lo que Marx confiere, que otros teóricos no pueden, es precisamente una demostración de que el capitalismo tiene su propio metabolismo específico con la naturaleza —marcado por una profunda separación anti-ecológica de los trabajadores de sus condiciones de producción, y sus formas correspondientes de intercambio de mercado y de valoración monetaria. Desde esta perspectiva, cualquier solución para las crisis ecológicas contemporáneas debe ser explícitamente anticapitalista, esto es, basada en la socialización democrática de la naturaleza y de otras condiciones de producción por los trabajadores y comunidades.

### **El comunismo como visión alternativa al capitalismo**

En un artículo anterior (Burkett, 2005) trato de cambiar el debate en relación con la viabilidad de la visión comunista de Marx acerca de la asignación eficiente frente a la de mercado, hacia el énfasis original del comunismo como un sistema de desarrollo humano. Marx consideró al comunismo como un resultado lógico, no sólo de las capacidades productivas creadas bajo el capitalismo sino también de los esfuerzos de la comunidad trabajadora para transformar las fuerzas productivas capitalistas en formas que no sean explotadoras y no estén alejadas en términos del metabolismo de la humanidad con la naturaleza. No era





simplemente una utilización planeada de las técnicas productivas inherentes al capitalismo, sino una transformación revolucionaria de la producción por sí misma —un proceso trascendental de cambios cualitativos en la tecnología y en las relaciones socioeconómicas. Asimismo, enfatizó la importancia de los esfuerzos en contra de todas las formas de privatización y búsqueda de rentabilidad con la explotación de la naturaleza —la tierra— para este proceso revolucionario. Este fue el contexto cualitativo del desarrollo humano en el cual Marx demostró la necesidad de planear y eliminar la asignación mercantil de los recursos humanos y naturales, así como la necesidad de la reducción del tiempo de trabajo. En este sentido, considero que Michael Lebowitz ofrece grandes aportaciones en sus trabajos que reconstruyen esta perspectiva del comunismo como desarrollo humano, no sólo como visión teórica sino como análisis concreto de los procesos revolucionarios que se presentan en Venezuela actualmente (véase Lebowitz, 2003 y 2006).

En general, una sociedad de producción comunista es controlada, cooperativa y democráticamente, por los verdaderos productores y las comunidades, sin la mediación de formas enajenadas del capitalismo, esto es, sin mercados, dinero y Estado —por supuesto, durante el periodo de transición revolucionaria hacia el comunismo, los trabajadores y las comunidades tendrán que reformar y utilizar las instituciones del Estado para debilitar a la clase capitalista y armar una socialización de las condiciones de producción. Esto es lo que Marx

entendía por dictadura del proletariado (véase el trabajo monumental de Draper, 1986). En lugar de la competencia por la búsqueda de la rentabilidad privada, el comunismo hace del valor de uso, en el sentido de las necesidades humanas y de las capacidades, la principal prioridad de producción, distribución y consumo. Esta prioridad por el valor de uso sobre el valor de cambio es lo que crea el potencial en el comunismo para reducir la dependencia de la sociedad de la creciente productividad, que es ecológicamente dañina basada en el procesamiento de materia y energía. Esto permite, por ejemplo, un menor énfasis en la producción en masa de bienes diferenciados de consumo y pone más énfasis en el desarrollo intelectual (teórico y práctico) de los verdaderos productores y de sus comunidades, además de proporcionar una significativa reducción en el tiempo de trabajo para satisfacer las necesidades sociales. El uso de un plan y una democracia deliberada, en lugar del mercado, no es el fin o la meta aquí, más bien es el medio para lograr un desarrollo humano sustentable. El bien comunal o público, podría ser internalizado al sistema de cálculos económicos, comprendiendo el trabajo y la producción, en lugar de considerarse como procesos externos en el capitalismo.

Esta visión no provee un programa para una reingeniería proecológica de la producción. Tampoco asegura que una sociedad poscapitalista de productores asociados y comunidades se transforme y establezca un sistema de producción ecológicamente sustentable. Una reestructuración comunista del metabolismo de la

producción es una condición necesaria pero no suficiente para el desarrollo humano ecológicamente sustentable. Todo depende de una integración explícita de la ecología y de otras cuestiones comunales en el proceso revolucionario anti-capitalista. Lo que podemos señalar, es que para ser ecológicamente sustentable una economía debe: 1) admitir e internalizar las responsabilidades de la sociedad para un manejo sustentable de nuestro metabolismo con la naturaleza, con la finalidad de proteger la tierra como una riqueza comunal para las actuales y futuras generaciones; 2) difundir el conocimiento científico y tecnológico entre todos los productores y comunidades como requisito para cumplir con esta responsabilidad ecológica y satisfacerla en todas las partes del proceso de producción y consumo; 3) reconocer la incertidumbre y la parcialidad de nuestro conocimiento acerca de los sistemas ecológicos y la correspondiente necesidad de seguir el "principio precautorio" en todas las decisiones de producción —esto implica que no habría decisiones productivas o de políticas que no puedan demostrar la ausencia de daños ambientales significativos—, y 4) respetar la necesidad de la diversidad en las relaciones económicas humanas, debido a la variación de las condiciones naturales y la necesidad de diversas sendas de realización humana a partir de las actividades productivas y reproductivas.

Es difícil ver cómo estos cuatro requerimientos pueden realizarse sin un claro rompimiento del cálculo monetario y de ganancia del capitalismo y de una

competencia anárquica. Sería precisa una planeación y cooperación congruente con los imperativos del desarrollo humano. El desarrollo de la gente como bienestar material y humano es tanto el medio como el fin. Como lo expresó Marx:

Libertad, esta esfera consiste sólo en el hombre socializado, los productores asociados, que rigen el metabolismo humano con la naturaleza de manera racional, trayéndola bajo un control colectivo en lugar de estar dominado por un ciego poder; y efectuándolo con el menor gasto de energía y en condiciones más dignas y apropiadas para su naturaleza humana [1981:III:48:959].

Esta visión del comunismo, como un sistema dedicado al desarrollo humano sustentable reflejado en las luchas anticapitalistas en diversas partes del mundo hoy en día, tiene un prominente lugar para el esfuerzo de muchas comunidades indígenas que resisten los embates del capital transnacional que procede con sus acciones de "acumulación por despojo". Estas comunidades están reivindicando sus sistemas de propiedad comunal y cultural, empleando técnicas para el uso sustentable del agua, suelo, variedades de plantas y otros recursos comunes. Los trabajadores industriales y las comunidades pueden aprender mucho de estos amplios movimientos rurales, acerca de las formas tecnológicas e institucionales necesarias para desarrollar su autonomía, autosuficiencia, diversificación y cooperación democrática como una forma alternativa a la explotación del capital y de su producción ecológicamente destructiva (Barkin, 1998).

## CONCLUSIONES

El análisis de la teoría de Marx resulta pertinente para entender los problemas ambientales y sociales que padecen las sociedades modernas. Este análisis puede ser retomado para el caso mexicano, con el fin de generar una discusión sobre la necesidad de redireccionar la política económica del país hacia la búsqueda de soluciones que sean socialmente justas y equitativas, emparejadas con un manejo sustentable de los recursos naturales con que cuenta el país. México es un importante exportador de petróleo, y la política que existe con respecto a su manejo consiste en explotarlo en mayor medida para obtener recursos de su venta al exterior, mientras se siguen descuidando aquellas políticas que ofrecen oportunidades productivas a los sectores sociales más desprotegidos. En el caso de la política energética se debe garantizar el cambio de la utilización de energías fósiles por energías renovables; en el caso de la energía eólica, sería necesario plantear el establecimiento de proyectos que permitan el manejo de este tipo de energía por los grupos que las utilicen con la finalidad de crear una gestión colectiva del recurso. En el caso de los recursos marítimos debería plantearse un manejo sustentable con la finalidad de conseguir que las generaciones futuras puedan también gozar de un usufructo transitorio de este tipo de recursos. De igual manera, resulta necesario exigir la protección de los manglares —cuya aportación en servicios ambientales es bastante significativa— frente a aquellos proyectos que buscan la máxima ganancia sin

importarles los impactos ambientales y sociales que puedan ocasionar.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Barkin, David (1998), Riqueza, pobreza y desarrollo sustentable, Jus, México <http://www.anea.org.mx/publicaciones.htm>

Burkett, Paul (1999), Marx and Nature. A Red and Green Perspective, St. Martin's Press, Nueva York.

----- (2005), "Marx's Vision of Sustainable Human Development", Monthly Review, vol. 57, núm. 5 (octubre) <http://www.monthlyreview.org/1005burkett.htm>.

----- (2006). Marxism and Ecological Economics. Toward a Red and Green Political Economy, Historicalmaterialism book series, Brill, Amsterdam.

----- y John Bellamy Foster (2006), "Metabolism, energy, and entropy in Marx's critique of political economy: Beyond the Podolinsky myth", Theory and Society 35 (1), pp. 109–156.

Draper, Hal (1986), Karl Marx's Theory of Revolution, vol. III: "Dictatorship of the Proletariat", Monthly Review Press, Nueva York.

Foster, John Bellamy (2000), Marx's Ecology, Monthly Review Press, Nueva York.

Georgescu-Roegen, Nicholas (1971), The Entropy Law and the Economic Process, Harvard University Press, Cambridge.

Harvey, David (2003), The New Imperialism, Oxford University Press, Oxford.



Lebowitz, Michael A. (2003), *Beyond Capital*, Palgrave Mcmillan.

----- (2006), *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*, Centro Internacional Miranda, Caracas (disponible en inglés en Monthly Review).

Martínez Alier, Joan (1992), *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Barcelona.

----- y Klaus Schüpman (1991), *La ecología y la economía*, Fondo de Cultura Económica, México.

Marx, Karl (1977), *The Capital*, vol. I, Vintage, Nueva York.

----- (1981), *The Capital*, vol. II, Vintage, Nueva York.

----- (1981), *The Capital*, vol. III, Vintage, Nueva York.

## **NOTAS**

[1] De hecho, su análisis de las crisis naturales y sociales generadas por el capitalismo son el tema principal de la importante obra de John Bellamy Foster (2000), y de mi propio libro (Burkett, 1999).

[2] En un trabajo reciente, John Bellamy Foster, Brett Clark, Richard York, Rebecca Clausen y Philip Mancus reconstruyeron el análisis de la ruptura metabólica de Marx y lo extendieron al problema contemporáneo del calentamiento global, el agotamiento y degradación de los ecosistemas oceánicos por la industria pesquera y la acuicultura, así como la interrupción del ciclo del nitrógeno como consecuencia de un sobre uso de



fertilizantes inorgánicos en la industria de la agricultura. Foster, Clark, y Jason Moore han usado el enfoque de la ruptura para mostrar cómo el "imperialismo ecológico" – el comercio del guano, plantaciones de azúcar, etcétera– y otras crisis ecológicas resultantes han sido centrales para el desarrollo del capitalismo y su subdesarrollo a escala global (véase también el capítulo 9 de Burkett, 2006).



*Fotografía: Rumbos del Perú*













PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ  
**patria roja**

 @partidocomunistadelperu.patriaroja

 @patriaroja

 Patria Roja TV

 @patriaroja